

JOSÉ ZAHONERO

CUENTOS QUIMÉRICOS
Y PATRAÑOSOS



MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

Olózaga, 1 — Teléfono 3.185.

1914



DGCL
A

JOSÉ ZAHONERO

CUENTOS QUIMERICOS
Y PATRAÑOSOS



MADRID
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Olózaga, núm. 1.
1913

+ 172223
C- 1223462



12.137469

**A Consuelito Blanco y Pérez
de Camino. : : : : : : : :**

Aún no son para ti verdaderamente, preciosa niña, amiguita mía, las rudas realidades de la vida, ni en toda su fatigadora pesantez las graves seriedades del estudio lícito no es, á los viejos poetas, divertir á tu espíritu con las imaginaciones, fingidas historias, cuentos, quiméricos inventos, ensueños y patrañas, cuando en ello nada fuere contrario al temor de Dios y á la observancia de su santa ley.

En el mentir de nuestras narraciones no hay ni aún pecado venial, antes pudiera haber virtud, pues ofrecer descanso y complacencia honesta á nuestros semejantes es un bien, toda vez que es difícil y penoso mantenerse siempre atentos al trabajo ó en las severas austeridades de la meditación.

Para mentir, licencia dió el Maestro del arte de escribir:

Pictoribus atque poetis.

Quidlibet audendi semper fuit equa potestas...

Y dígolo para dar á esta página su latínajo de adorno y gala.

Los cuentos que aquí te ofrezco, unos son populares, que yo he revestido con alguna decencia y no sé si elegancia, otros son, buenos ó malos, de mi pobre ingenio.

Los jóvenes y los viejos entendemos estos inventos, pues vosotros todo lo veis á la suavísima luz del crepúsculo matinal de la vida, y nosotros lo vemos ya á la luz del vespertino crepúsculo...; para vosotros las fantásticas apariencias de las cosas irán cambiándose en los precisados relieves de la realidad, y nosotros... todo lo perderemos en las sombras de la muerte... ¡Dios salve nuestras almas!

La vida es un sueño..., procuremos que sea como el sueño de los niños, como las narraciones de los cuentos de hadas, de brujas grotescas, diablillos traviesos y bufones, astrólogos y alquimistas mágicos y de cosas que fueron otro tiempo superstición, quimera del demonio y que hoy resultan para burla de él, inocente recreo.

Recibe, niña amiga, estos cuentos de quimera y de patraña que yo te ofrezco reverentemente por rendir acatamiento á tu inocencia y hacer agasajo á tu hermosa juventud.

Pongo estos juguetes literarios en el diminuto zapatito tuyo, en nombre de los Reyes Magos.

JOSÉ ZAHONERO.

Madrid, 6 de enero de 1913.

MARMELÓN

EL DE LA PATA DE PALO

CUENTO POPULAR

I

Marmelón había pasado casi toda su vida en la mar, y á no haberle ocurrido una desgracia, jamás habría él puesto el pie en la tierra.

Pero el caso fué que habiendo entrado en combate su navío, una bala de cañón le quitó al marinero veterano una pierna, y tuvieron que ponerle una de palo. No había tenido hasta entonces otro contratiempo, pues aunque muchas veces había naufragado, de todos los naufragios tuvo la suerte de salir; el mar le zarandeó el cuerpo y lo relamió con sus olas; pero no se lo quiso engullir, porque como Marmelón estaba saturado de tabaco, sin duda le halló la mar más amargo que ella misma.

No había remedio, tenía Marmelón

que irse á vivir á la tierra. Quién sabe, se decía para consolarse, tal vez allá no me aburra, puede que me sople bien la fortuna y llegue á tener una casa, un huerto y hasta una linda mujercita que me mime y que me cuide... Ya no soy un mozo ni mucho menos; pero en teniendo plata, todos los hombres somos golosina para las mujeres. En fin, por mal que me fuere, en teniendo mi pipa, todo irá bien.

Andando, se dijo. Se puso su casaca militar, guardó en los bolsillos de ella su tabaquera y su pipa, calóse su sombrero de tres picos adornado con la escarapela nacional, y cargando con una mochileta, en la cual llevaba ropa, una galleta, un pez asado y una botellica de rom, tomó su bastón y así saltó á tierra, y dando espaldas á la mar, empezó á caminar con su pata de palo y con ese meneo de cuerpo de quien está habituado al balanceo del barco mecido por las olas.

¿Adónde se dirigía? Adonde la suerte le condujera. No tenía dinero, todo lo había perdido en el juego, ni muchas provisiones; pero era resistente, y, sobre todo, se decía: Dios dirá. Un hombre de mar no se ahoga en poca agua, y menos donde no hay

Anduvo mucho tiempo; pasó una llanura, traspuso un cerro y bajó á un valle. ¡Ah!, si hubiera tenido él que atravesar aquella distancia á

nado, no habría sentido cansancio; pero andando y con una sola pierna y una pata de palo, era otro cantar. Sudoso, resoplando fuerte y picado del hambre y de la sed, detúvose á descansar á la vera de un arroyuelo.

Sentóse, sacó de su mochileta la galleta, resolviéndose á dejar el pez para otra ocasión, y se dispuso á comer cuando vió de pronto delante de sí, y sin que se pudiera adivinar por dónde había llegado, á un viejo decrepito, que tenía larga barba blanca. Andrajoso y despechugado.

—Déme de comer, señor militar, que tengo hambre.

—¡Cáspita! — exclamó Marmelón—yo también.

—Señor militar de la pata de palo, llevo muchos días sin comer—replicó el viejo famélico.

Marmelón, viendo la flacura y amarillez del mendigo, su angustiado rostro y su huesoso pecho, exclamó:

—¡Cáscaras! Se te conocen las cuarnas. Vaya, toma, añadió alargando al pobre la galleta, hártate; tú eres más viejo y eres hombre de la tierra. Yo bien puedo resistir algunas horas, soy hombre de mar. Además, aún me queda algo para comer más tarde.

Comióse con voracidad el viejo el galletón, y luego, despidiéndose del veterano, dijo dándole una llave de hierro y un saco de recia tela vacío:

—Dios te premie tu caridad, queda con bien; pero quiero dejarte estos recuerdos: con esta llave abrirás todas las puertas, arcas, cajas y cofres que quisieres, y cuando tú cerrares con ella cierre alguno, sólo con esta llave



podrá abrirse. Doite también este saco, tómale, abrele, y con decir que dijeres

Más y más y más,
al saco de San Nicolás,

todo cuanto tú quisieres se meterá en el saco.

Dicho esto, el viejo desapareció.

Guardó Marmelón la llave y el saco en la mochileta, y emprendió de nuevo su camino; aún no había andado mucho por él, cuando salióle al encuentro una viejecita casi más flaca y pálida y desarrapada que el viejo.

—Señor militar, de la pata de palo... hambrienta estoy, y no hay quien me socorra; si pudierais darme pronto remedio.

—¡Caracoles! ¿Otra me sale? Mire que no me queda si no un pez asado y salado—exclamó Marmelón.

Pero deteniéndose á pensar que aquella era una mujer vieja y enferma y él un hombre de mar, dióle el pez, que la anciana se comió con ansioso afán.

—Dios te premie el bien que me has hecho, y para que te acuerdes de mí, toma este espejuelo. Mirando en él, descubrirás aquello que desees descubrir, por muy escondido que se hallare; y toma este hacecillo de juncos, el cual se abrirá, saliendo de él tantos cuantos fueren necesarios para vapulear á quienes tú quieras que sean flagelados. Para ello bastará que digas:

Junquitos de Santa Ana,

zurrad á estos pillos la badana.

Y no cesarán de pegar hasta que tú les digas:

Junquillos, junquillos:

volveos al hacecillo.

Visto y no visto fué aquello, porque también la vieja desapareció como el viejo había desaparecido, como por encanto.

—¡Vaya! El espejuelo ya me servirá para verme al peinarme los bigotes... Pero este hacecillo...—se dijo Marmelón—. Venga; valga para lo que valiere.

Anduvo todo aquel día, y ya á la caída de la tarde detúvose á echar un trago de rom; y tal fué el trago, que sorbióse por él hasta le última gota, con lo cual apuró las escurriduras, y por ello aplacó un poco el hambre, y tornó á caminar.

Halló en esto que le atajaba el paso un riachuelo torrencioso, para salvar el cual sólo había un puentecillo de estacas destartalado y al que el recio ventarrón trasteaba reciamente.

Pasaba por el puentecillo un muchachuelo, algún zagalillo, sin duda, y en esto vino el puente abajo y cayó el niño al agua.

Verlo Marmelón, soltar su mochila y su palo, meterse en el agua y salvar al niño, fué acción tan diestra como rápidamente realizada.

—Dios le premie al señor militar por haberme salvado la vida, que aunque la hondura no es mucha, es mucho el cieno del riachuelo y muy espeso en el fondo... Pídame lo que quisiere—dijo el niño.

—¡Zapateta! ¿También tienes tú que dar?—exclamó, entre asombrado y burlón, el veterano.

—Puedo concederte lo que desees —replicó el niño.

—Está bien; que nunca me falte tabaco y que nadie me impida fumar cuanto quisiere y el tiempo que quisiere.

—Concedido. Te bastará soplar en tu pipa para que en ella encuentres



siempre tabaco, y en tanto que tú fumas nadie podrá oponerse á tu voluntad. ¿Qué otra cosa pides...?

—Quisiera... Quisiera ganar siempre que jugare á los naipes, ya que

hasta ahora siempre he perdido—dijo Marmelón.

—Toma esta baraja; con ella siempre ganarás—dijo el niño, dando al veterano una baraja de naipes; y también el pequeñuelo desapareció, como el viejo y la vieja habían desaparecido.

—Veamos—se dijo el veterano—si me ha engañado el rapaz; y como el bolsón del tabaco se le había mojado y no se podía fumar de él, sacó la pipa, sopló en ella, y ¡oh prodigio!, llenósele de un rico, exquisito, perfumadísimo tabaco, que él fumó con delicia.

—¡Carambita!—exclamó—; no me ha engañado el chiquillo... Probemos á ver si es verdad la virtud del saco.

Pasaban por la orilla dos magníficos patos, y Marmelón, abriendo el saco, dijo:

Patitos,
más y más
al saco de San Nicolás.

Los patos, revolviéndose, aleteando precipitadamente, se metieron en el saco.

—¡Admirable... admirable! Ya nada tengo que temer... Ahora me es necesario buscar algún pueblo, caserío ó chozuela donde pasar la noche.

Descubrió á lo lejos unas lucecitas, y hacia ellas se dirigió palicojeando, pero con grande prisa y voluntad.

II

Llegó á un pueblo y entró en un mesón.

—Toma—le dijo al mesonero, sacando del saco los patos—; ásame uno y quédate con el otro en pago de la cena.

—¿No dais dinero?—dijo el posadero.

—Bah; no lo necesito. Con abrir este saco y decir

Más y más y más
al saco de San Nicolás,
todo cuanto yo quisiere se meterá en el saco.

Túvole el ventero por borracho, y fué á hacer el asado, dejando al veterano sentado fumando sin descanso en su pipa.

Fuma que fuma, se pasó el tiempo; sirvieron al buen Marmelón la cena y quedóse dormido, y no despertó hasta muy entrado el día, y al despertar vió que le faltaba el saco.

¿Dónde diablos hallarle?

Aquí del espejuelo; sacólo, miró en él y vió que el saco estaba dentro de un arcón del socarrón del mesonero; pues aquí del hacecillo; y diciendo

Junquillos de Santa Ana,
zurra á ese pillo la badana.

Deshácese el hacecillo, y los juncos caen sobre el mesonero, vapuleando presta y fieramente en cara, brazos,

espalda, piernas, en todas las partes de su cuerpo.

—¡Piedad! ¡Perdón!— gritaba—. ¡Misericordia!

—Dame mi saco—dijo Marmelón—.

Y el pobrete del mesonero se apresuró á entregar el saco que había robado, y cuya virtud aún no había podido comprobar.

Junquillos, junquillos,
volveos hacecillo,

dijo el veterano, y los juncos se hicieron haz, y el posadero pudo respirar, aunque muy quejumbrosamente y sintiendo en su pecho deseos de vengarse. Y para vengarse, al saber que el militar de la pata de palo quería marcharse del pueblo, le dijo:

—Os vais del pueblo sin ver lo que tiene de más raro y notable.

—¿Y qué es ello?—replicó Marmelón.

—¡Qué ha de ser, sino aquel palacio que desde aquí veis! El Palacio Negro. Habreis de verle por fuera; pues no pienso yo que os arriesgueis á entrar en él; pues ya tiempo hace que nadie da en semejante atrevimiento, porque sábese que de cuantos allí hace años entraron, ninguno ha vuelto á salir. Oyense ruidos de cadenas, y ruidos atronadores, y voces terribles... Está encantado.

—Pues allá voy; ya vereis cómo entro y cómo salgo, exclamó con brío.

y riéndose el veterano—; y saldré contento y sano.

—No, no creo que hombre alguno—replicó el maligno posadero—á ello se arriesgue. Cuando os veais cerca del Palacio Negro, de seguro retrocederéis, sino es que fuereis temerario, loco.

—¡Ja, ja! Retroceder yo. Ahora



veréis—dijo Marmelón—. Y encaminóse al palacio.

Este era un enorme edificio, con

cien torres, y todo él de piedra negra. Tenía una gran puerta de hierro, y en ella un pesado aldabón.

Tomóle en sus manos el veterano, y descargó sobre la puerta dos ó tres golpes, que retumbaron con zumbantes y potentes resonancias.

¡Quién sabe—pensaba Marmelón—, si aquí estará alguna princesa encantada, á la que yo desencante, y por ello, agradecida, se case conmigo!

Lleno de impaciencia al ver que no le abrían tan pronto como él deseaba, echó mano de la llave que el viejo mendigo le diera, y apenas con ella tocó la puerta, abrióse ésta; entró Marmelón y cerró tras de sí. Hallóse un amplio zaguán muy lóbrego, y de allí pasó á un vasto salón solitario, muy ricamente adornado; pero apenas haría cinco minutos que allí se hallaba, cuando mirando y remirando por todas partes, descubrió que no estaba solo, sino antes al contrario, acompañado de una verdadera muchedumbre, de unas muy grotescas, raras criaturas, alimañas ó demonios. En los chapiteles, en las cornisas, en los rincones de los ventanales, había sendos diablillos acurrucados y atisbando maliciosos desde sus escondites á Marmelón; eran rojos unos, amarillos otros, verdes, pardos, negros, rabudos y cornudos y con alas picudas aballestadas por ternillas nudosas.

Poco á poco fueron descendiendo unos de lo alto, rastreando otros por el suelo, hasta que una bandada numerosísima de ellos, olientes á azufre, rugientes por estridentes chillidos, cayó sobre Marmelón y comenzó éste á sentirse arañado, pinchado, mordido, quemado, atufado por humillo nauseabundo; todos aquellos diablos le atormentaban.

Armóse el veterano, y sacando el hacecillo, dijo las consabidas palabras, y del haz salieron diez juncos por cada diablo y vapuleando á todos, armóse un revoltillo de cuerpos que saltaban, se retorcían y huían vociferando, rugiendo de dolor á los golpes de aquella lluvia de azotes.

Reía á todo reír el inválido, y saliendo de aquel salón cerró con su llave, dejando á la turba de diablos á merced del ferocísimo, incesante vapuleo, y chillando rabiosamente.

—Ahora me es preciso averiguar qué hay escondido en este palacio, se dijo el veterano, y sacó el famoso espejito y miró á él, y vió que debajo de sus picos había unos sótanos llenos de cofres y barriles enormes cargados de dinero.

—Aquí de mi saco, pensó; pero como hombre de bien no creía deber apoderarse de aquello sin saber si tenía dueño y si éste tendría voluntad de darle lo que él quisiera. Volvió,

pues, á mirar al espejito, y apareciósele en él la figura del diablo mayor, del mismísimo Barrabás, dueño del palacio.

Encaminóse adonde éste se hallaba, y con la mayor frescura le dijo:

—Mira, quien roba á un ladrón, tiene cien días de perdón, y como tú, que eres el diablo, no es posible que hayas ganado honradamente las riquezas de este palacio, pudiera llevármelas; pero no quiero parecerme á ti, trabajar para ti sería servirte, y no hay ningún hombre bien nacido, y menos un hombre de mar, que tal haga. Ahora quiero proponerte que me juegues tus tesoros á los naipes.

—Aceptado—dijo el necio del diablo.

Pónense á jugar, y á las dos ó tres vueltas ganó Marmelón cuanto el diablo poseía.

Rebelóse Barrabás, y quiso arrojarle sobre el veterano; pero éste no tuvo que hacer si no abrir el saco, y

“Más, más, etc.”,

y el demonio metióse en el saco, pataleando inútilmente por salir de él...

—Vaya... el saco me hace falta—dijo el veterano, y lo desató. Después, con su navaja, cortó una oreja á Barrabás, y luego le dejó salir del talegón.

—Esta oreja no te la devuelvo hasta

que yo me quede satisfecho de tus servicios—dijo.

—Mándeme pronto, que no hay ver-



güenza mayor para un diablo que el estar desorejado. Te bastará dar un mordisco.

—¿Sí, eh?—replicó Marmelón—. Pues empieza á servirme—dijo—dando un fuerte mordisco á la oreja.

—¡Ay, ay, qué dolor!—rugió el diablo.

—¡Cómo! ¿Te duele separada del cuerpo?

—Sí, acaba. ¿Qué quieres de mí?— replicó el diablo.

—Carros, sacos, caballerías y criados que saquen de aquí todo el oro que te he ganado y que lo lleven adonde yo dijere—dijo Marmelón.

—Pues antes suelta á mis diablos... porque ellos habrán de servirme.

—Es verdad, ¡pobretes!—exclamó el veterano, recordando que había dejado á los diablos encerrados en el salón y recibiendo el vapuleo de los juncos.

Llegó al salón, abrió la puerta, entró, y diciendo

“Junquillos, junquillos,
volveos hacecillo”,

libró á los diablillos de su horrible martirio.

Pronto abriéronse las puertas del Palacio Negro, la muchedumbre de diablillos se puso á prestar servicio. Habíanse convertido los diablillos en criados, palafreneros y pajes, y sacaron todos los tesoros de Barrabás, y en grandes carros tirados por fortísimas mulas, llevaron aquella riqueza á un precioso palacio que Marmelón compró y le fué vendido en el acto.

Allí quedóse Marmelón tranquilo, gozando de su riqueza, y así, hasta que le llegara su hora, hubiera seguido tranquilamente, si no le inquietara de continuo el deseo de hallar una mujer que le mimara y cuidase, y dicen que existen otras crónicas en las que se

declara la halló, y que, aunque algo viejo, no dejó de ser dichoso hasta el fin de sus días.

Cuando hallemos tales crónicas veremos lo que en ellas hay, y se lo contaremos al lector.

LA BUENA PIPA

—No me parece bien que un cristiano se deje servir por los diablos, pensó Marmelón al verse en su palacio; pero al fin y al cabo yo me veo rico y muy á mis anchas en este caserón tan grande. Despachemos á los diablos, y al infierno con ellos.

Mas sucedió que los diablos no querían marcharse, y Marmelón tuvo que valerse nuevamente del hacecillo y soltar los juncos, y á fuerza de latigazos escaparon todos los diablillos; y no sabiendo qué hacer Marmelón de la oreja del desorejado, clavóla en la pared, y á cada martillazo que dió para fijarla en el muro, sucedióse un aullido horrible, estridente, agudísimo, de dolor, y el demonio presentóse á pedir compasión.

—Te dije que cada vez que me necesitaras mordieses mi oreja; pero no que me la clavases en parte alguna, ha-

ciéndome ver las estrellas y pasar tormentos mayores que los del mismo infierno... ¡Dame mi oreja!

—Tómala y vete ya—exclamó Marmelón, cogiendo con unas tenazas la oreja y arrojándosela al demonio, el cual la atrajo y se la plantó en su lugar; y luego, echándose á reír, hizo



una burla á Marmelón y escapó corriendo y brincando.

Quiso Marmelón bajar á los sótanos

del palacio, adonde habían dejado los diablos los sacos de oro, y sólo halló uno lleno y los demás vacíos, porque al pescar la oreja el diablo mayor se había llevado consigo todo el dinero, menos el del saco que el viejo, que sin duda era un mágico sabio, le había dado al inválido.

—Vaya; el dinero que viene de mala parte, poco ó nada aprovecha. Bástame con el que me queda en el saco milagroso—se dijo Marmelón—; con éste, con el hacecillo, el espejito, la barajita, y, sobre todo, con esta mi famosa pipa, ¿qué más puedo desear?

Hízose Marmelón con un amigo, un sabio astrólogo, al cual, viendo que la pipa del inválido era tan prodigiosa, preguntóle dónde y cómo se había hecho con ella, y Marmelón le refirió toda su historia.

—Pues tengo para mí que el viejo que hallasteis no debió ser otro sino el mismo San Nicolás, y la viejecita Santa Ana; en cuanto al pequeñuelo, otro santo será, y pienso que será el milagroso niño San Quirico.

—Pues sea; ahora á vivir; sólo me falta buscar una buena mujercita que me cuide y alegre la existencia—dijo muy campechanamente Marmelón, echando bocanadas á cada chupetazo que daba á su pipa.

—¡Ah! picarón—díjole su amigo Macario, que así se llamaba el sabio

astrólogo—; pero ya estás tan viejo para meterte en danzas de casorio...

—¡Viejo! No; vosotros los que habéis siempre vivido en la tierra como los hurones; pero un hombre de mar es siempre joven.

—¿Acaso piensas enamorar con esa pata de palo?

Enojóse mucho Marmelón con esto que su amigote le dijera; y como el marinero Inválido era hombre que no gustaba de burlas, díjole al sabio astrólogo se fuese allá á su torre á poner el ojo en el largo telescopio y á ver cómo gesticulaban las estrellas, y le dejase en paz.

—Pues mira; has de saber que no me voy sin antes darte una buena noticia... Puede que te convenga saberla. El rey de los Simplones está desesperado porque su hija, la princesa Azucena, se halla muy enfermita; que no hay quien pueda curarla, y dícese que á aquel que la curase le concederá el rey la mano de su hija... Con que ánimo, ánimo... ¡Ji, ji, ji!

—¡Ay, amigo!—exclamó Marmelón, tratando con el ademán, el gesto, y, sobre todo, con el tono de voz, de contestar al astrólogo—; y tú que tanto sabes, ¿no podrías decirme qué flor, qué hierba, qué medicina sería apropiada para curar á la princesa?

—Yo... nada sé..., pues si lo supiera iríame yo á curarla, que no

había de ceder á otro el puesto. . Yo sólo sé un secreto; y es que cuando un enfermo se ha de curar, la muerte se coloca á los pies del enfermo, y si la muerte se coloca á la cabecera, es que no tiene remedio el paciente... ¡Pero como la muerte es invisible!, de nada sirve lo que yo sé.

—Bueno, bueno—dijo Marmelón—, yo veré cómo me las arreglo para gannarme la mano de esa princesa. Mañana emprendo el viaje.

En efecto, se puso en camino Marmelón y llegó á la Corte de los Simplones y al palacio del rey, é hizose anunciar como un gran médico.

—¡Tú, gran médico! — díjole el rey—. Pues si lo eres, ¿cómo vas con esa pata de palo? Bien pudiste, con tu ciencia, librarte de que te tuvieran que cortar la pierna.

—No me hacía falta alguna; bastábame con la que me queda... Di la otra para remedio de un hambriento—contestó, pensando en que, sin duda, la tal pierna que habían arrojado al mar los cirujanos, se la habría manducado algún tiburón—. Llénenme—añadió el inválido—á la cámara de la princesa.

Era ésta una hermosísima joven; sus grandes ojos, angustiados por el padecimiento, movían á compasión; su cara, de lindas facciones, estaba pálida y triste; tenía su cabeza, de

blondos cabellos, caída en el almohadón.

No bien entró Marmelón en la cámara, sacó su milagroso espejito y



vió en él que la muerte estaba á la cabecera del lecho de la enferma.

—Esto está malo—pensó el inválido, pero nada dijo; sino que, después de quedarse un momento pensativo, exclamó:

—Vuelvan rápidamente la cama de la princesa de manera que venga la

cabecera donde ahora quedan los pies, y luego váyase de aquí todo el mundo.

Con admirable presteza y destreza los pajes del rey obedecieron al inválido, y entonces quedó la muerte burlada por un instante.

—¡Facilito es burlarme á mí—dijo la comadre, y se dirigía á colocarse de nuevo á la cabecera, cuando Marmelón la dijo:

—Comadre, espérate un poco... Me das compasión. Pasas el tiempo en incesante trabajo.

—Es verdad—replicó la muerte—. Y ¿qué hacer?

—Pues nadie te priva de echar conmigo una brisca.

—No me parece mal. Y ¿qué jugamos?

—Si te parece, jugaremos la vida de la princesa.

Eso no era posible; la muerte no pudo nunca dejar de cumplir con su deber, y así lo expuso con toda claridad.

—Pues bien, juguemos á que le concedes á esta hermosa joven algunos años más de vida y que no haya de morir antes que yo; en cambio, yo te daré la mía cuando fuere de tu gusto—dijo Marmelón.

—Convenido—replicó la muerte.

Sacó Marmelón las cartas, y saca de aquí, pon allí, roba, baraja... ¡Perdió la muerte!

—Así es—dijo Marmelón, sacando la pipa, que luego se llenó de tabaco; y empezó el buen Marmelón á fumar con delicia.

—Vamos, la princesa vivirá algunos años: es lo convenido; pero tengo que cargar contigo, amiguito.

—¡Ah, ya, ya! Pero ahora has de esperar á que acabe de fumar, pues otra de las virtudes de mi pipa es que nadie podrá interrumpirme que fume, y así, aguarda sentada.

Cuando la muerte quería arrojarse sobre Marmelón, caía de espaldas, á riesgo de descomponerse y que cada hueso se le fuere por su lado.

—Está bien; ya volveré por ti—dijo, y echándose la guadaña al hombro, fuése de la estancia y del palacio.

Con la pipa en la boca presentóse Marmelón al rey á decirle que su hija estaba salvada.

Lleno de regocijo, el rey felicitó al gran médico, y como era hombre de palabra, ofrecióle la mano de la princesita Azucena; y ésta, agradecida y obediente, aceptó por esposo al viejo de la pata de palo.

Marmelón llevó á su casa en magnífica lujosa carroza á la princesita, su esposa, no bien se celebraron las bodas.

Presentóse Macario en la casa, con pretexto de darle la enhorabuena; mas

no sabemos si por compasión ó por envidia, atrevióse á decir algo en to-



no de censura, y éste, ya irritado, le echó de la casa, diciéndole:

—Para nada te necesito. ¿No ves que si quiero puedo ser eterno?

—Ya te pesará, ya te pesará—exclamó el astrólogo, y se alejó de la casa.

—¡Yo de ti!—replicó Marmelón,

dando al suelo con su pata de palo y riendo á todo reir.

Era la princesa Azucena muy dulce, muy sumisa, muy resignada. Marmelón complacía en todo. Siempre tenía la cámara de su esposa llena de flores. Las más ricas confituras para su regalo, las músicas más armoniosas y melodiosas la divertían; pero tan sólo en una cosa no quiso complacer á la princesita.

—Deja de fumar; esa maldecida pipa me hace daño, es mal oliente; me daña su tufo en la garganta—le decía.

Jamás Marmelón no soltaba su pipa; primero, porque gustaba de fumar, y de fumar mucho, y luego, porque quería vivir prevenido, y, en efecto, cierto día vió llegar chasqueteando sus huesos á la comadre que iba á que Marmelón cumpliera su palabra y se le entregara.

Tomó su pipa, sentóse á fumar y contestó con toda frescura á la comadre:

—Toma asiento, y espera á que acabe de fumar.

—Esperó la comadre; pero pasaban las horas y la pipa siempre llena de tabaco, y siempre encendida. Furiosa, largábase la comadre, que, como es sabido, no puede perder su tiempo, y prometía volver cuando Marmelón se hallara más descuidado.

Languidecía de tristeza la pobre princesita al lado de Marmelón, que, aunque bueno y generoso, era al fin un grosero marinerote que no soltaba



la pipa por muchos ruegos que se le hicieron para ello.

Languidecía porque siendo joven, no hallaba su dicha junto aquel lobo de mar.

Mil veces hubiera preferido morir, y aun hubiera llamado á la muerte;

pero ésta, fiel á su palabra, no quiso dar á la princesa el golpe mortal hasta que Marmelón cayese al guadañazo.

Al fin iba á llegar el día; la princesa resolvió librarse de la pipa, y una tarde que su marido dormía la siesta, busca quedito ella, quedito, y le arrebató la pipa y se la escondió.

Despertóse Marmelón, y al despertar hallóse á la muerte, frente por frente y bien preparada.

Busca Marmelón la pipa y no la halla; y ¿qué hace entonces teniendo á mano el saco?, lo abre y exclama: Comadre

Y más y más y más,
al saquito de San Nicolás.

Y la muerte colóse dentro del saco; atóle Marmelón fuertemente, y lo colgó de un árbol.

¡Qué tiempos sobrevinieron; los enfermos, unos curaron rápidamente; otros, siguieron padeciendo y padeciendo; deseando la muerte y sin morir nunca! ¡Cómo, si la muerte se hallaba en el saco prisionera!

Las ciudades viéronse tan pobladas de gente, que no había sino estrecheces en ellas, y muchedumbres muriéndose, pero sin morir de hambre; ¡plagas sin cuento! Una tal abundancia de animales, alimañas, fieras, y, sobre todo, insectos, que este mundo era un recuerdo del infierno.

Al principio, Marmelón reía; pero

bien pronto hubo de patalear con su pata de carne y su pata de palo, y de tirarse de los pelos. La princesita no cesaba de llorar y de pedir á gritos la muerte, y pidiendo la muerte los vecinos y las gentes todas. Loco volvían al inválido.

Resolvióse, pues, á desatar á la muerte, y á hacerla salir del saco, y salió, en efecto, apresuradamente.

—Dame el guadañazo á mí—dijo suplicante Marmelón.

Pero la muerte, escarmentada y temiendo una nueva burla, huyó diciendo:

—Vive, vive más; será mi venganza.

No le fué muy grata la vida, porque á su alrededor no hubo sino muertes, pues la comadre vivía obligada á hacer con rapidez lo que no había podido hacer en mucho tiempo.

Murió Azucena, y este golpe sí que no pudo resistirlo con paciencia Marmelón.

Quería morir; en parte alguna hallaba consuelo, y por ello rompió su pipa.

Y cuentan que entonces la comadre dióle el guadañazo, y colorín colorado, el cuento se acabó.

EL ESPEJITO MÁGICO



I

ABÍA una vez, tiempo hace, en un famoso reino un rey y una reina, ya ancianos, que, no habiendo tenido más que un hijo, al llegar éste á los veinte años

de edad, quisieron entregarle el dominio del reino: pero pensaron prudentemente en buscarle antes una esposa digna de ceñir la corona y vestir el manto de reina.

—Demos una gran fiesta—dijo la reina— é invitemos á ella á todos los príncipes y princesas de los reinos amigos, y así pronto veremos cuál es la joven princesa que resulta elegida por el corazón de nuestro hijo. Pronto habremos de celebrar nuestras bodas de plata, y este es un justificado motivo para que se hagan suntuosos festejos.

La víspera del día de las fiestas fué muy vistoso y curioso ver llegar á la ciudad, por distintas puertas y sendos caminos, los distintos príncipes y princesas, que, respondiendo á la invitación, acudían á la capital del reino de nuestra historia.

De las más lejanas tierras del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, y formando pintorescas caravanas, vióse en magnífica carroza, que arrastraban ocho caballos, á una hermosa princesa, blanca como la nieve y rubia como el sol, ricamente vestida por preciosas pieles de marta y de fino armiño; acompañábala un venerable anciano, su ministro, y en ocho carros llevaba su equipaje y sus regalos, é iba escoltada por un escuadrón de gigantescos soldados, con agudas picas, corvos sables, copudas gorras de astracán, peludas dalmáticas, por militar uniforme; eran hombres de luengas barbas y terribles rostros; aparecían montados en robustísimos caballos.

Vióse por otra parte á una lindísima princesa, morena, de negros y ardientes ojos y cabello como el ébano, que, sentada bajo un pabellón de oro y de grana, en una silla de marfil, sobre un colosal elefante, entró

acompañada de un centenar de negros eunucos, con turbantes de colores, chaquetillas rojas y bômbachos azules; seguida de cincuenta camellos y camelleros, que conducían las joyas y vestidos de la hermosa doncella y la pedrería y los perfumes del presente. Briososa era la escolta de guerreros que, armados de alfanjes, dagas damasquinas y cimitarras, cerraba la marcha de esta comitiva.

De los reinos chinescos llegó también una graciosa princesita, en su palanquín de conchas, con campanillas de oro, y una turba de cómicos pajes, rasurada la cabeza y en ella trenzada coleta. Tras de los carros en que iba el bagaje seguía también formidable guardia.

No es posible detenerse ni aun á enumerar los príncipes y princesas que allí se reunieron ni describir la diversidad de curiosos trajes que lucían; lo que importa á nuestra historia es decir que cuando se verificó el magnífico baile estuvieron lucidísimos los salones del Palacio, presentando el más maravilloso aspecto. ¡Que nunca se viera tanta riqueza ni tanta hermosura como las que allí se ofrecían!

Paseóse el príncipe por el salón, mostrándose afable y sonriente con las princesas todas y amistoso y cortés con los príncipes; pero en la palidez de su rostro y en la melancolía de sus miradas notábase le era difícil vencer la tristeza que, sin duda, afligía su corazón.

—¿No estás contento, hijo mío?—dijole

la reina—. ¿No te agrada ninguna de esas bellisimas princesas que han venido á la Corte deseosas de hacerse dignas de merecer la preferencia de tu corazón? ¿No viste á la bellisima princesa del País de las Nieves? ¿No te ha admirado la esplendente hermosura de la graciosa princesa de las Tierras del Sol?

Suspiró el príncipe, besó respetuosamente la mano de su madre y se alejó de su lado sin responder, lo cual no dejó de preocupar á la venerable reina.

Era el príncipe de la Tierra de las Flores un gallardo mancebo, de ánimo risueño, é hizo con el príncipe de nuestra historia muy pronta y franca amistad; por lo cual, sin duda alguna, éste, que tenía por nombre el de príncipe Jazmín, dijo al de la Tierra de las Flores:

—¡No sabeis, querido príncipe Jacinto (que así se llamaba), cuánto me apena esta fiesta!

—¿Apenar? — exclamó, sorprendido, el príncipe Jacinto—. ¿Cuándo se vió un más admirable conjunto de hermosísimas princesas como el que aquí se ve, ni mayor esplendor, ni músicas más regaladas, ni más regia suntuosidad? No siendo que os apene la duda en el mayor ó menor acierto para escoger esposa, no veo motivo alguno para que os podais apenar.

Entonces el príncipe Jazmín, conduciendo á su amigo á un apartado pabellón, permaneció allí largo rato hablando en secreto con él; y cuando ambos fueron llamados

por el senescal del reino para que acudiesen al banquete, que iba ya á celebrarse, el referido ministro oyó decir al príncipe Jazmín:



—Ya lo veis. Ni en éste, que es el primer baile que da la Corte, ni en el segundo, que se realizará dentro de pocos días, ni en

muchos más que para el mismo propósito se celebrasen, podría yo manifestar mi voluntad.

—Si ha de ser así—replicó con aire pensativo el príncipe Jacinto—, ya no me apena tanto tener que ausentarme.

Gran pesar produjo esta noticia, inesperada, sin duda, al príncipe Jazmín, y mayor disgusto fué para él despedir al día siguiente á su amigo, que, montado en un magnífico caballo y seguido de sus pajes y sus soldados, salió de la ciudad.

—Quiera Dios que volvais pronto—dijo Jazmín.

—Quiéralo Dios—replicó Jacinto—; y así se despidieron los cariñosos amigos.

II

Poco tiempo después, á algunas leguas de la ciudad, y bien lejos del ruido y del fausto de la corte, lloraba, sentada en una peña, Mariquita la pavera, acompañada en aquellas selváticas soledades por un centenar de pavos, que piaban ó lanzaban su estrepitoso y grotesco *glo, glo, glo*, tomando el sol y andando de aquí para allá por el verde prado.

Cubría la cabeza de Mariquita un tosco sombrero de paja de anchas alas; iba descalza, vestida con un pobre refajo amarillo, un justillo de paño negro y una camisa de grueso lienzo. Tenía en sus manos una larga vara de fresno, signo de su poderío

sobre sus pavos; pero sus manos eran finas y blancas, pequeños y blancos sus pies, que lavaba frecuentemente en los arroyos cristalinos, y su cara era verdaderamente portentosa en hermosura, dulces sus ojos y azules como el cielo, lindísima su boca, bello sobremanera su ovalado rostro, magnífica su cabellera rubia, y, en fin, llena toda su persona de una gracia delicada que revelaba la inocencia virginal de su alma.

Sin duda, alguna amarga pena afligía entonces á la pobre Mariquita la pavera; pues no bien secaba el llanto de sus ojos, brotaban nuevamente las lágrimas en ellos; de pronto, alborotóse la manada de pavos, se oyó en el ramaje marañoso de unos zarzales el ruido brusco y desgarrado que el jabalí produce, rompiendo violentamente la espesura cuando se ve perseguido, y apareció un hombre extraño, cuya presencia llenó de terror á la pobre Mariquita, la cual creyó, desde luego, habérselas con un salvaje bandido, y estuvo á punto de huir, trémula de espanto.

—Oye, muchacha—exclamó el hombre—: ¿puedo ocultarme por aquí en algún lugar seguro?, porque vienen tras de mí feroces enemigos.

Entonces el terror de Mariquita convirtióse en compasiva solicitud. ¡Tanta era la generosidad de su corazón!; y dijo al desconocido que se ocultase entre unas piedras y un apretado arbustaje cercano, que ella, si se presentaban en busca de él, le salvaría.

Hízolo así aquel hombre, que, oculto, permaneció por un largo tiempo, sin que nadie



se presentase en su busca y sin que se ofreciese cosa alguna que indicara el peligro de que anduvieran por allí sus perseguidores.

El hombre aquel era bien extravagante, y por su aspecto, por sus ademanes, sus gestos y su voz, inspiraba desde luego gran

curiosidad... ¿Sería un bandido, sería un loco? ¿Le perseguían por malvado, ó era víctima inocente de perversos enemigos?

Llevaba en su cabeza un sombrero de alta y puntiaguda copa y alas redondas; vestía una especie de pellica muy peluda y unos calzones listados de colores; recios zapatones con polainas encarnadas; ceñía un cinturón de cuero, y en él, atravesados, dos grandes ouchillos, y colgada una como trompa de caza. La cara parecía terrible y grotesca á la vez, ennegrecida y sucia; la cabellera era negra y espesa, así como la barba.

Mariquita no se preocupaba, sin embargo, más que en permanecer atenta para observar, si se ofrecía, el menor indicio que indicar pudiera la proximidad de los perseguidores, y en estar dispuesta á proteger, en cuanto fuera posible, á aquel desgraciado.

Al cabo de un buen espacio de tiempo salió de su escondite el hombre aquel.

—¡ Ah!—gritó con plañidero acento—. ¡Qué desgraciado soy, que ya no me persiguen y no tendré la dicha de morir á manos de mis enemigos!

Claro que esta exclamación sorprendió á Mariquita, y que á cualquiera otra mujer que no hubiera sido tan discreta como ella era, no la hubiera sido posible pasar sin dirigir alguna interrogación á aquel extravagante. Este sacó del bolsón de su pellica una cajita, y de ella unos pergaminos y un medallón, en el que, sin duda, habría un

retrato; estuvo mirándolo y remirándolo todo con vivo interés; luego se levantó, y dejó aquellos objetos sobre la piedra en que había estado sentado.

—¿Cómo te llamas?—dijo á la zagala.

—Mariquita, la pavera—contestó con dulzura la doncella, respondiendo á la brusca pregunta del desconocido.

—Júrame que no has de decir á nadie que me has visto.

—Os lo juro.

—¡Ah! Está bien; voy á comunicarte un secreto, ¿estás?

—Como gustéis—contestó Mariquita.

—Me llamó Malbino, aunque este no es mi verdadero nombre. Soy quien soy; ¿no te importa saber quién soy ni de dónde vengo, ni deseas saber á qué he venido á estas tierras? Es extraño; pero, en fin, ya veo que no eres curiosa.

El extranjero, recogiendo los pergaminos, el medallón y la cajita que había dejado sobre la piedra, guardó en ésta aquéllos, la cerró, y entregándosela con una llavecita á la campesina, la suplicó que la guardase hasta que él se presentara á recogerla. Contenía documentos interesantísimos y el retrato de la más preciosa mujer que existía en el mundo.

Dicho lo cual, el extranjero desapareció, dirigiéndose con rapido paso y saltando á veces por las peñas, al fondo oscuro de un bosque cercano.

Poco después, y cuando ya el sol descendía al Occidente, Mariquita, recogiendo su

manada de pavos y ocultando en su seno la pequeña cajita del extranjero, se dirigió, atravesando los prados, hacia un no muy lejano caserío. Ya no pensaba en el desco-



nocido, sino que se veía de nuevo afligida por la tristeza que poco antes de aparecer el llamado Malbino le había hecho derramar tiernas lágrimas.

Cuando se hallaba á muy poca distancia del caserío donde estaba la cabaña de sus padres y el establo de sus pavos, quedóse sorprendida y atemorizada al ver allí soldados y caballos, serían sin duda los perseguidores del extravagante sujeto; no obstante, prosiguió su camino y aun atravesó con tranquilidad por entre aquellos soldados, mas al llegar á la puerta de su pobre casita, un joven, gallardo caballero que allí se hallaba, que iba ricamente vestido, y que, sin duda, tenía mando sobre toda aquella gente, gritó con imperio, dirigiéndose á Mariquita:

—¡ Ven acá, muchacha! ¿Has hallado á alguien en la montaña?

Duro le fué á la niña tener que ocultar la verdad; pero como se trataba de salvar á un desgraciado, y como recordaba el juramento hecho, contestó con brío negativamente.

—Ya lo veis, señor capitán—exclamó en esto el padre de Mariquita, que era ya un anciano de cabello blanco y de faz bondadosa—. Por aquí no se ha visto al hombre que buscáis

—En verdad que si lo hubiéramos visto—replicó el capitán—ya le habíamos ahorcado en lo alto de un pino. ¡Nunca se vió hombre más peligroso! ¿Sabeis quién es?

De buena gana se hubiera quedado Mariquita á oír lo que decía el capitán; pero viniendo la joven aquel primer impulso de curiosidad, y comprendiendo que le era necesario disimular, emprendió con aire de natural indiferencia su marcha hacia el establo á encerrar sus pavos.

Cuando ya de noche volvió á la cabaña, esperábanla en la puerta sus ancianos padres, los cuales parecían vivamente conmovidos.

—¡Ay, hija mía!—díjole la madre—. Los soldados han acampado cerca de aquí, y el capitán se alojó en nuestra cabaña; mañana emprenderán de nuevo la batida para buscar á un tal Malbino, á quien todos odian. Se ofrece mucho dinero á la persona que declare dónde podrá hallarse.

—¿Y á que no sabes tú á quién persiguen por Malbino y por lo que se cree que se halla en estos campos? Por las señas que ha dado el capitán, paréceme que se trata de aquel joven cazador furtivo que de tiempo en tiempo viene á nuestra cabaña, que te regalaba ramos de flores, que en una placa de marfil hizo copia de tu cara y que cantaba aquellas canciones tan bellas.

—¡Humberto!—exclamó con angustia Mariquita la pavera.

—Sí, sí, él debe de ser, y según dice el capitán, de ese Humberto se enamoró una hermosísima princesa, á la cual él no ha visto, aunque ella si le vió, y ha enviado á Malbino para proponerle ya lo ves, á él, á un hambriento y miserable cazador furtivo, que se dignase á ser su marido, y si se niega, ¿sabes lo que ha de hacer ese malvado? Pues quitar la vida al pobre muchacho.

—¡Qué infamia! ¡Qué horror!—gritó Mariquita.

—¡Ah!, pero según opina el señor capitán, es posible que el joven Humberto, ente-

rado ya sin duda del amor que por él siente esa hermosa princesa, se haya marchado en busca de ella, porque aquí tiempo hace que no le vemos.



—No, no, no es posible—exclamó angustiosamente Mariquita...

La madre de Mariquita dijo que tal creía el capitán, y que si se perseguía á Malbino no era sólo por defender á Humberto, sino porque había entrado además en el reino para sobornar á las gentes y hacer trabajos de espía, pues su señor, el rey padre de la hermosa princesa, hacía tiempo que intentaba arteramente sorprender aquel país con un formidable ejército y realizar una conquista.

A nada de esto atendió Mariquita la povera, que llena de aflicción entró á ocultarse en un rincón de la casa.

¿Quebrantaría su juramento? ¡Oh, eso nunca, aunque le costara la vida el cumplir con él!

¿Sería posible que Humberto la hubiera olvidado y que estuviese ya á los pies de la hermosa princesa que él amaba? ¡Hermosa! ¡Sin duda de ella era el retrato que Malbino había guardado en la caja! Por primera vez una violentísima curiosidad abrasó el corazón de Mariquita; pero no, no, ella no abriría aquella caja, no debía hacerlo y no lo hizo.

¡Qué horrible noche de temores, de dudas y de lágrimas para la pobre jovencita! Pero al clarear el día hubo de recibir mayor y más extraordinaria sorpresa: sus ancianos padres la llamaron, hiciéronla salir de la cabaña, á cuya puerta había una carroza magnífica, tirada por briosos caballos.

El capitán estaba junto á la portezuela de aquella carroza.

—¿Sabeis quién soy?—le dijo á Mari-

quita—. Pues soy el príncipe Jacinto, heredero del trono del reino vecino á éste, y he de llevarte á mi Corte, á la cual te acompañarán tus padres.

Miró en derredor suyo y con gran asombro Mariquita, y antes de que pudiera manifestar señal alguna de vacilación en cumplir la orden, vió que sus ancianos padres, sonrientes y gozosos, la invitaron á que subiera á la carroza, en la que pronto ellos y ella se encontraron reunidos. Mariquita lloraba, sin conocerlo.

Montó el príncipe en su hermoso caballo, púsose en marcha la carroza, con el príncipe, los criados y guerreros que le acompañaban. Poco tiempo después se perdía toda la cabalgata en la azulada lontananza del paisaje.

III

Ya desde muy temprano en la Corte de los padres del príncipe Jazmín las trompas y atabales habían anunciado que era llegado el día último de los festejos de las bodas de plata de los ancianos reyes.

Cuando se dió principio al postrero de los bailes, la melancolía del joven príncipe habíase acentuado tanto, que era notada y aun censurada por los príncipes y princesas convidados y por toda la Corte.

Desde la partida de su amigo el príncipe Jacinto pocas veces el príncipe Jazmín había manifestado contento, siendo el motivo

de aquellas pasajeras alegrías dos ó tres misteriosos inesperados mensajes en que se le anunciaba la llegada de una nueva princesa, y causábale efímero contento hallar en tales mensajes pretexto para aplazar, hasta que llegase dicha princesa, la elección de esposa.

—No sería galante, ni aun cortés, que yo, sin ver á esa nueva princesa, hiciera preferencia á alguna—dijo el príncipe Jazmín á sus padres.

Mas como las fiestas iban á terminar y la anunciada princesa no se presentaba, apenábale al joven no hallar ya pretexto alguno para eludir el cumplimiento de su grave compromiso. Todas eran hermosas é inteligentes, y aun algunas de aquellas princesas notables en su virtud; pero Jazmín, sin duda por algún misterioso secreto de su corazón, no podía escoger á ninguna.

A la hora en que en el vastísimo salón de las columnas de oro se verificaba el banquete, y entre pebeteros que aromatizaban el ambiente, y deliciosamente regalados por la música del real palacio, los convidados gustaban sabrosos majares y exquisitos vinos, un ujier entró á anunciar al rey que el príncipe Jacinto, conduciendo á su hermana la princesa, se hallaban á las puertas del salón. Mandó el rey que abrieran éstas, y él, la reina y el príncipe Jazmín salieron á recibir á los recién llegados.

Figuraos cuál no sería la sorpresa del príncipe Jazmín al reconocer á María la pavera en la princesa, hermana de su ami-



go. Mayor fué el asombro de ésta, que, hermosísima y revestida por esplendente atavío, pálida y temblorosa, vió que aquel llamado príncipe Jazmín no era otro que Humberto, el pobre cazador furtivo, su enamorado.

—Señor—dijo el príncipe Jacinto, dirigiéndose al anciano rey—; tengo el alto honor de presentaros á la princesa, mi hermana, que es la elegida por vuestro hijo para esposa.

—¿Cómo? ¿Teníais hermana?—preguntó el rey.

—Vivía en el campo; vuestro hijo la conoció, enamoróse de ella, y haciéndose pasar por cazador furtivo, conquistó su corazón.

Diciendo esto, el príncipe Jacinto añadió que su amigo Jazmín le había hecho confesión de estos amores; pero que, temeroso de que sus padres se opusieran á su casamiento con la joven, á la cual creía de humildísima condición, no se había atrevido á revelar el secreto de sus amores.

—Yo, desde luego, quise ver por mí mismo si la que hoy tengo por mi hermana era, á la verdad, tan bella y virtuosa como el príncipe Jazmín me había dicho.

Explicó entonces el príncipe Jacinto cómo se había valido de uno de sus oficiales, el cual, tomando el nombre de Malbino, había representado una farsa y puesto á prueba la inteligencia y el corazón de la joven princesa.

—Figuraos—dijo el príncipe Jacinto—

que es una mujer que no siente curiosidad, que está siempre pronta á hacer beneficios, que sabe guardar un secreto, y que, por el deber, supo resistir hasta la ciega pasión de los celos. No abrió la cajita.

El rey, entonces, ordenó fuesen á la cámara real y trajesen de ella una pequeña caja de ébano, mandó colocar dicha caja en el centro de la mesa, abrió aquélla, que era el estuche de un lindísimo espejito de plata, y dijo que aquel espejo tenía una singular virtud. Toda mujer que en él se mirase, sin que, al hacerlo, su rostro se alterara, revelaba que ningún pecaminoso pensamiento había jamás alterado su corazón.

Entre las princesas, algunas hicieron las distraídas y no se presentaron á mirar á su faz en el espejito de plata, cosa que fingió no advertir el rey; casi todas ó por inocentes ó por incrédulas ó tal vez porque, dueñas de sí mismas, no temieron la prueba, se miraron en el espejito, sin que la menor alteración se mostrara en sus rostros.

Llególe la vez á Mariquita la pavera, y grande fué el asombro de todo el mundo al ver que su faz se encendía; mas bien se notaba que no era de vergüenza por el remordimiento que el recuerdo de mancha alguna de idea impura le causara, sino por la modestia, por el rubor, por la sensible delicadeza de la castidad virginal.

— ¡Hija mía! — exclamó el rey, y desde aquel momento, aunque no tal vez sin el disimulado disgusto de las envidiosas, fué

proclamada princesa elegida para esposa de Jazmín, el príncipe heredero, Mariquita la pavera.

Prolongáronse por varios días las fiestas, en las cuales se verificaron las bodas de Jazmín y Mariquita, con la asistencia de todos los príncipes y princesas que allí se hallaban, y que luego enriquecidos por magníficos regalos, se dirigieron á sus respectivas Cortes.

Muertos los ancianos reyes, reinaron Jazmín y María, manteniendo en paz y prosperidad al reino, criando con amor á sus hijos y siempre en estrecha amistad y alianza con Jacinto, rey del reino vecino, á quien debían toda su dicha y toda su ventura.

LOS DAÑOS



DICEN que hubo un tiempo, durante el cual y no por mucha duración, reinó la paz en el mundo.

Añaden que por entonces poblóse de monasterios piadosos, vivieron en fraternal concierto los reyes, fué grande la resignación en los pobres y muy fecunda é incesante la caridad en los ricos; leales los hombres, castas las mujeres, sencillos los sabios, rectos los jueces. Las predicaciones doctas difundían santas verdades en las conciencias, y, en fin, que á poco que hubiera continuado la virtud en las almas, la tierra se hubiera convertido en mansión de bienaventurados.

En tales tiempos dicen que solícitas las artes, sirvieron de gloriosa revelación á las

más grandes ideas, y las bien calculadas previsiones mentales y el inspirado ingenio levantaron admirables templos de hermosa arquitectura que aún son maravillas para nuestro asombro.

Edad de oro, tiempo venturoso, ciertamente, no quiere esto decir que él no deja enredo ni se está quedo; pero afirman los autores que iban mal los negocios del infierno y que esta antigua casa, fábrica de maleficios y de horrores, “venía muy á menos”, estaba amenazada casi de una irreparable bancarrota.

Quizás no resulte inverosímil que el mundo, siquiera por breve tiempo, haya sido menos malo... y aun haya podido pasar por bueno, pues en él, á días tempestuosos suceden días bonancibles; pero dícese que el diablo estuvo por entonces más furioso que nunca. ¡Cómo estaría!

No olvidemos que á Lucifer jamás le ha parecido que el mundo es bastante malo.

Estaba furiosísimo; por esto, agarrándose á sus cuernos y azotando reciamente con violentas sacudidas del rabo las caprinas patas, rugió:

—Esto no puede continuar así. No entra en el infierno más que un millón de condenados al día... Es una miseria. Una ruindad. A ver... Vengan acá dos ó tres diablillos de los de las últimas filas.

De una de las más flamantes y avivadas hogueras salieron tres inmundos diablejos, y mordiéndose sus largas uñas se presentaron ante la satánica majestad.

—Veamos: ¿quiénes sois vosotros?—preguntó Lucifer.

Ellos, resaltando en la espesa y pestífera humareda, fueron contestando con chillidos estridentes:

—Me llamo Tapujo, soy de la pandilla de los alcahuetes, dueñas é hipócritas encubridores—, dijo uno.

—Soplón, soy Soplón, de la trinca de soplones, chismosos y correveidiles. Me meto, me cuelo, me filtro por todas partes.

—Soy Patraña, el más sumiso súbdito y el más activo servidor de vuestra real malignidad. Soy de la aristocrática clase infernal; nací cuando vuestra vileza se hizo serpiente en el Paraíso; hijo soy de la Mentira.

—Huspa, largo; subid á la tierra—replicó Lucifer, repartiendo vergajazos en los diablejos—. Subid á ver qué hacen esos pecados capitales perdiendo el tiempo, y si se niegan á trabajar, traédmelos acá, yo les daré su merecido.

—Voy corriendo—dijo Tapujo, y desapareció.

—En un vuelo—añadió Patraña, siguiendo á Tapujo.

—En un soplo—gritó Soplón, marchándose detrás de sus camaradas.

Pasó algún tiempo. Los diablejos tardaban en volver. Satanás estaba rabiosísimo, pataleando, echando espumarajos por la boca, y chispas hasta por las puntas de los cuernos y del rabo.

Al fin, los diablejos se presentaron en el

infierno, solos los tres y, al parecer, con las manos vacías.

—¿Qué habéis hecho, santos benignos? —rugió Lucifer, diciéndoles los más terribles insultos que decirse pueden en el infierno.

—Señor, no nos injuréis—dijo Tapujo, temblando.

—Hablad...—replicó aquél, con voz como un espantoso trueno.

—Saca eso—dijo Soplón á Tapujo.

Tapujo sacó de debajo del brazo un papel, y se lo mostró á Satanás.

—¿Un papelucho? ¿Qué burla es ésta? —replicó Satanás.

—Habla, Soplón—dijo Patraña.

—Esto es un invento de Patraña. Aquí están todos los ministros del infierno.

—Explicaos—gritó Satanás.

—Yo, señor, sabía que, soplando de oreja en oreja, perdía las almas; Tapujo no ignoraba que ocultando con su maña los delitos de los hombres, éstos pecarían hasta hartarse... Pero Patraña nos dijo que no habíamos subido al mundo á ganar unos cuantos millares de almas, sino á conseguir la mejor victoria que después de la pérdida del género humano en el Paraíso había podido lograr el infierno...; y ha inventado una máquina portentosa, que en millones y millones de hojas que de continuo produce, da fruto más pernicioso que el Arbol de la ciencia del Bien y del Mal.

¿No es la Mentira nuestra ley? ¿No es la curiosidad humana más exigente que la sed?

Por la curiosidad, ¿no se engulle el hombre los mayores absurdos, que toma por verdades? Chismes, *canards*, calumnias, disparates, todo se cuele en las anchas tragaderas



del curioso. Pues aquí está servida la Mentira..., aquí están los siete pecados, sus ministros.

—Yo no los veo—dijo Satanás.

—Voy á hacer que se presenten ahora ante vuestra real malignidad—replicó Patraña.

Y tomando el papel, lo arrojó á una de las llamas de las hogueras más inmediatas al trono satánico.

Ardió el papel y volaron las pavesas hasta gran altura, y luego fueron cayendo, y al dar en el cenagoso suelo se convirtieron sucesivamente, una por una, en seis figurones.

El primero de éstos exclamó:

—Soy la Soberbia; estaba en el papel que se ha quemado. Yo prodigo á diario elogios exagerados, bombos, alabanzas, lisonjas á los poderosos para que se hinchen más y se cieguen; envanezco, adulándoles, á criminales, á prostitutas, á necios y á locos, á los tiranos opresores y á los esclavos desesperados.

—¡Magnífico!—dijo Satanás.

—Yo—dijo otro de los figurones—soy en ese papel un veneno sutil..., que estimula á la Codicia. Doy reseña de los juegos de Bolsa, de la Lotería, de los negocios fáciles, del agio, de la trampa, del garito.

—Por mí—añadió un tercero—se tiene noticia de los espectáculos inmorales y de los libros obscenos. Refiero aventuras infames del repugnante libertinaje. Ensalzo ó disculpo mañosamente los crímenes pasionales; plago de anuncios asquerosos el papel; narro cuentos, novelas y anécdotas lúbricos; hablo con entusiasmo de las cortesanas famosas y de los teatros pornográficos.

—¡Portentoso!—exclamó el rey del infierno.

Presentóse entonces la Ira, y dijo:

—También yo, como éstos, me hallaba en el papel. Yo inspiro los artículos violentos, doy cuenta de los duelos...; animo, mantengo y realzo la apología de las guerras, las revoluciones políticas... Soy inagotable manantial de injurias... atizo siempre y en todas partes el fuego de la discordia.

—Pasmosísimo—exclamó Satanás, verdaderamente entusiasmado.

—Yo, señor, promuevo la afición y ayudo á la costumbre de los banquetes. Empleo la malignidad de refinar la gula de los ricos y de irritar el hambre de los pobres, dando cuenta de las grandes comilonas...

—¡Oh!, esto es sublime—añadió Satanás reventando de gusto. Y preguntó después á otro figurón, el último de la fila: ¿Y tú, escuálido y verdense?

—Soy la Crítica.

—Basta—gritó Satanás—. El invento es colosal. Rotativa noria, rueda de pecados en incesante movimiento, que llena de provechos el infierno. Pero... falta uno de los pecados. Ah, este siempre se retarda.

Entonces se oyó una voz pausada, que habló, deteniendo las palabras entre bostezos.

—No tengo necesidad de levantarme. Con sólo que lean los hombres periódicos, ya ponen en pereza su alma. Comulgando con ruedas de molnio se toman al diablo mismo; el que lee periódicos ni piensa ni siente. El periódico le sirve, con sus pa-

trañas, de entendimiento; con sus maldades, de corazón. Los tales periódicos son un pasatiempo del que los lee y un entretenimiento del que los escribe. Pereza, todo pereza...

Tal es la obra de Tapujo, Patraña y Soplón.



—El mundo es nuestro; ya no se nos escapa.

—Sólo hay un peligro—apuntó Soplón.

—¿Cuál?—preguntó Satanás, frunciendo el entrecejo—¿que á los hombres les dé por

no leer ni aun tales papeluchos?—preguntó el diablo.

—No. Que aparezca un rotativo hecho por la Verdad, inspirado en la Fe, dictado por la Prudencia; esto es, que vuelen en torno del hombre, para salvarle, las virtudes.

—Ta... ta... ta...—exclamó la Pereza de los pecados, sin molestarse aún en aparecer—. No hay miedo de que eso suceda; de evitarlo nos encargamos la Envidia y yo, y rueda la bola.

Fueron acogidas las palabras de la Pereza con general aclamación de todos los diablos.

—¡Hurra por el infierno!—gritaban unos.

—¡Victoria!—exclamaban otros.

Pusiéronse en danza, llenos de rabiosa alegría. Jamás podrían las virtudes contrarrestar la obra maravillosa de Tapujo, Patraña y Soplón.

—Pronto verás repleto de condenados el infierno—dijo Belcebú.

—Hum—replicó Satanás—. No canteis triunfos. Vosotros no conocéis al enemigo, sois unos pobres diablos; si en ello anda la Fe, estamos perdidos. La Fe, la Fe... es la fuerza más poderosa del Universo.

N. DE LA R.—Este cuentecillo mereció ser traducido al alemán por S. A. la Infanta Paz, y publicado en un periódico de Munich.

EL DOCTOR MENUDILLO

I

Después de un largo y difícil trabajo se logró poder copiar en papel corriente, esto es, del que de ordinario usamos para escribir, la historia del famosísimo naturalista y viajero explorador Dr. Menudillo.

Había escrito éste su historia en una hoja de papel de fumar, tan doblada, que de ella se hizo un libro de algunas páginas manuscritas, y con tan diminutos renglones, que para leerlos hubo necesidad de ampliarlos con el microscopio y la fotografía, y por un medio semejante al que sirvió en París para poder descifrar los partes microscópicos fijados en las plumas de las palomas mensajeras.

El estado en que el pobre doctor se hallaba le hacía valerse de medios extraordinarios para dar cuenta de sus aventuras á la Europa sabia y al mundo curioso.

Por el año 1881 el Dr. Menudillo había desaparecido; nadie sabía á qué punto del

globo dirigir agentes ó exploradores que buscaran al doctor.

En la Academia de Ciencias Naturales era donde mayor interés inspiraba la pérdida del célebre naturalista.

El Dr. Vil Garroba, médico afamado, habló en la Academia, pidiendo á ésta se hicieran los mayores esfuerzos y todos los sacrificios imaginables para averiguar qué había sido del Dr. Menudillo.

—Mucho me temo—exclamaba con voz llorona y alzando los ojos al techo—, mucho me temo que nuestro querido colega haya hecho alguna barrabasada; aquel no poderse estar quieto ni un segundo, aquella movilidad de ardilla, en fin, aquella vivacidad del Dr. Menudillo, siempre me pareció á mí habían de llevarle á un fin desastroso.

El célebre Cucúrbita dijo que él tenía que Menudillo hubiera perecido ahogado y estrujado, en los bosques del Brasil, por alguna serpiente boa constrictor; porque, sin duda, Menudillo había ido á aquella región de la América meridional, puesto que mil veces había manifestado el propósito de hacer este viaje para surtir con nuevos ejemplares su colección ornitológica y sus cajitas entomológicas, y, sobre todo, para ver la hormiga de quitasol, que es una hormiga que va á un cierto árbol á arrancar de él una hoja, con la cual carga áuestas. Y así, únese á otras hormigas, cargadas cada una con su hojita correspondiente, y todas forman una larga fila de obreras que en las hojas llevan unas como lindas sombrillas

abiertas. Con estas hojas, que tienen las cualidades de consistencia é impermeabilidad, cubren el techo del hormiguero, para librarle del agua en la época de las grandes lluvias. El Dr. Menudillo había deseado ver esto, y, sin duda, su noble curiosidad le había perdido para siempre en medio de los apretados y oscuros bosques brasileños.

Tal vez se hallara convertido en sabroso guisote para regalo de los caníbales ó antropófagos, ó hubiera muerto víctima del paludismo en los pantanos de Egipto; pudiera ser que en la boca de algún terrible saurio. También podría ser que se hubiera embarcado en algún buque submarino de esos que bajan al fondo del mar, sin que les sea dado subir después, ó que hubiera subido en algún globo aerostático de los que suben y no pueden descender.

Estas era las hipotéticas suposiciones que todo el mundo se hacía acerca de la suerte del Dr. Menudillo, hasta que por la revelación inesperada que hizo el presidente de la Academia se creyó, por fin, descubierto el secreto. Dijo el presidente que el doctor Menudillo, sin duda alguna, habiendo notado que su entendimiento se debilitaba, había bebido de un maravilloso licor que un bonzo le diera en la India, elixir merced al cual podría recobrar con todo vigor la potencia del cerebro.

Por fin, cuando se recibió el librito de las Memorias del doctor la Academia en pleno aplaudió con entusiasmo, manifestando su reegocijo.

Empezaba el Dr. Menudillo su escrito confirmando la suposición del ilustre presidente de la Academia doctísima.

—Vivo, queridos señores; pero durante todo el tiempo que ha durado mi ausencia tanto he padecido, y en tan mísera con-



dición me he visto, que no creí jamás volver á vuestro lado.

Bien lo sabeis; mi ambición fué siempre llegar á conocer la vida de los insectos, pero viviendo en un mismo mundo. Años hace que, como sabeis, estuve en la India. Allí

conocí al sabio en ciencias esotéricas Baus-Bane, y él hizome conocer una planta que tiene maravillosas propiedades. No habrá en toxicología un veneno más eficaz y extraordinario. Hácese un licor, y aquel que lo bebe siente luego en sí unos efectos verdaderamente portentosos. Queda poco á poco reducido á la más diminuta estatura y mínima corpulencia. Sabía yo que sólo cuando cumplidos los efectos del tóxico quisiera uno recobrar la talla y volumen corporales perdidos, poníase en grave riesgo la vida.

—Yo, ¡oh sapientísimo Bam-Bam!—dije al bonzo el día que, habiendo ido en busca suya, le hallé sentado de cuclillas junto á un magnífico templo budista, ya ruinoso—, vengo á pedir favor de tu ciencia.

El bonzo, que, inmóvil, permanecía allí horas y horas, días y días, y aun meses y años, mirándose, al bizcar los ojos, la punta de la nariz, me respondió:

—Habla: y acaba pronto, porque tengo mucho que hacer.

Díjeme que deseaba hacerme pequeñito, del tamaño de un dedo meñique, y añadí que pediría al cielo le diese todas las venturas más envidiables. El, que ya había sido, en otras existencias, según muy formalmente afirmaba, flor, oruga, mariposa, pájaro, caballo y muchas cosas más, hasta llegar á ser hombre, y que tenía la esperanza de ser luego buey, cernícalo, alcornoque y dromedario, accedió gustoso á proporcionarme el medio que yo deseaba.

—Te transformarás —me dijo— en un hombrecillo meñique cuando esto fuere de tu voluntad.

Por fin, Bam-Bam llamó á un muchachuelo indio que tenía á su servicio, y le ordenó buscase no sé qué bebida, que al poco rato trajo el indio en una calabacita; y Bam-Bam, dándome muy solemnemente aquel brevaje, me dijo estas palabras, que no se pudieron borrar de mi memoria y á las cuales no di entonces mucho crédito... ¡Esta fué mi desdicha!

—Bebe, y volverás á tener claro el entendimiento, lozana y fresca la memoria; pero vosotros, los sabios de Europa, no conocéis sino las cosas á medias. ¿Sabes á lo que, al beber este licor, te expones?

Contesté la verdad: ni sabía esto, ni sabía sino que la tal hierba era sólo conocida de los bonzos de la India.

—Pues te expones á que, al recobrar las facultades del entendimiento, vayas perdiendo las carnes, y enflaquezcas, y mengües en estatura, y te achiques hasta el extremo más lastimoso...

Bien me lo avisó Bam-Bam; pero, á la verdad, no di mucha importancia al consejo, ni pude creer jamás que el enflaquecer y achicarme pudiesen producirse al punto de irme reduciendo casi á la nada.

Bebí, bebí lo del maravilloso licor; pude pasarme las noches y los días atento á mis libros; no me hizo traición ni una sola vez la memoria; había rejuvenecido; era otro por completo; mi orgullo estaba satisfecho;

las facultades de mi alma eran poderosas cual las de un joven... ¡Ah, y cómo me reía de mis colegas, los cuales, unos tenían ya la cabeza á pájaros, otros no resistían ni la cuarta parte del tiempo que yo dedicaba al trabajo!

¡A mis cincuenta años era tan estudioso y trabajador como un hombre de veinticinco! Todo el mundo estaba maravillado; pero yo no quería descubrir mi secreto: el licor de Bam-Bam, así como el té presta energía á las facultades del juicio y el café á las de la imaginación, esclarecíalas todas, devolviéndolas el vigor perdido.

¡Figuraos cuál sería mi espanto al sentirme cierto día con todo el cuerpo dolorido; no parecía sino que me habían descoyuntado y desbaratado, desajustando á la vez todas las articulaciones de mi cuerpo.

Tuve que guardar cama.

El médico no acertaba á explicarse mi enfermedad. Llevaba ya más de dos días acostado, al cabo de los cuales tuve un agudísimo ataque.

Era un continuo ¡ay! á cada movimiento que hiciera, y con cada ¡ay! una gesticulación que pondría mi cara que daría espanto mirarla. Claro que cuando las trabazones de las partes se aflojan, cae uno como si estuviera inanimado é inerte.

Y mi pobre mujer fué á llevarme una taza de salvia; tras de mi mujer acudió nuestra vieja Timotea, con sus ojos saltones, que entonces me miraban con temeroso cuidado; la doncella también apareció con

una taza de tila y un botecito de azahar, y tras de la doncella, con no sé qué cataplasma caliente entre ambas manos, María Basilia, criada la más antigua, y luego iba Rosita, la cocinera, armada con un enorme calentador.

Así en fila, y con el remedio que á cada cual se le había ocurrido, llegaban mi mujer y mis criados solícitos y tristes.

Pude contener á aquella procesión de devotos de la botica, para que esperaran la llegada del médico, el cual, por fin, nos sacó de temores; después de haberme pulsado, mirado y remirado por todas partes, aseguró que sólo había duda en que yo pudiese tener una ó dos de la media docena de enfermedades que allí me encajó, y que hubiera servido de letanía á la procesión de que antes os he hablado.

Confieso que aunque me hallaba decidido, por amor de la ciencia, á todo sacrificio, la verdad era que al comprender que los efectos del licor de Bam-Bam iban ya á su más extremoso grado, me llené de terror.

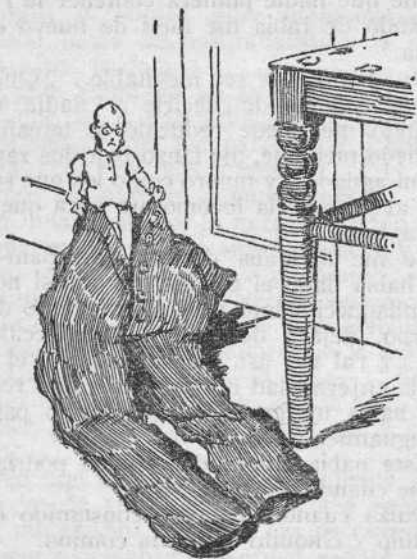
Yo de nada había prevenido á mi mujer. Temía hablarle del asunto. En todo caso, sólo ella lo sabrá. Si llego á verme hasta el tamaño de un dedo meñique todos creerán que he desaparecido. Me haré invisible, y si muchas cosas puedo estudiar así en el mundo de los insectos, cuántas más en el de los hombres. Y me decidí á guardar el secreto. Esperé con inquietud.

Así era que, por mi aprensión ó mi temor, todo se me volvía hacer preguntas que

hicieron que la gente de mi casa creyese que iba á perder la razón.

—Está usted muy flaco—me decía el doctor.

¡Adiós! Ya se comienza á cumplir el pronóstico de Bam-Bam: temía levantarme,



no fuera á hacer el diablo que hubiese yo menguado de estatura; todo se me volvía mirarme las manos y medírmelas, así como las narices, la cabeza, y ver qué espantoso sería para mí descubrir la terrible realidad... Estaba, como os dije antes, libre de

fiebre y de dolores; me decido á levantarme, y al ponerme los calzones, vi con profundo espanto que eran doblemente más largos y anchos que mis piernas; no quise que nadie supiera esto; al verme reducido á la estatura de un niño de ocho años... puede que nadie pudiera contener la risa... llorando de rabia me metí de nuevo en la cama.

No, esto ha de ser inevitable... ¿Qué necesidad tengo de decirle á nadie esto? Cuando me quede reducido al tamaño de un dedo meñique, me lanzo bajo los zapatos de mi aguador, y muero como los que se ponen al paso de la locomotora para que ésta les aplaste.

Se me olvidaba decirlos que Bam-Bam me había dado el consejo de que si notaba el enflaquecimiento y el achicamiento de mi cuerpo, dejara de beber el maldecido licor... ¡Tal vez así, me había dicho el bonzo, la enfermedad no haga más sino reducirlos hasta un grado, y de allí no pase el menguamiento!

Este había empezado: ¿quién podría decirme cuándo había de cesar?

Quizá cuando me deje consumido como un hilo y chiquito como un comino.

—¡Ay, Hormiguillo!—decía mi mujer—. ¿Cómo tú, que parecías antes hecho de rabos de lagartijas y no había manera de verte sosegado y quieto, estás ahí, metido en la cama y sin querer salir de ella?

No supe qué contestar: hubiera tenido que descubrirla el secreto, y quién podría

atreverse á decirla una cosa tan inverosímil... y que tanto habría de apenarla, si la creía, por lo mismo, y si no, porque tal vez hubiera dudado de mí, tomándome por un loco.

Al fin, un día, mi mujer hizo el tremebundo descubrimiento, se acercó á mi cama, me miró y remiró muy atentamente, y abriendo luego desmesuradamente la boca y los ojos, exclamó:

—¿Qué tengo yo en la vista... que juraría que se te han achicado las orejas y las narices, y aun me parece que hasta la cabeza toda es más pequeña? ¡Uf! ¡Si los ojos me parecen chiquirritines!...

No hubo remedio, la fiera reducción mía era inevitable y había sido notada... y por último se lo revelé todo á mi mujer... Por supuesto, tuve una idea, vereis, vereis cómo me las compuse para que á la pobrecilla no la causara tan terrible impresión la noticia.

—Mira, mujer mía—la dije—; no te asustes ni alarmes, porque lo que aquí va á suceder es cosa preparada por mí y á mi gusto...

Creo que me eché á reir, ¡valiente gana tenía yo de risa!; pero intentaba engañar á mi mujer. Sin embargo, era necesario resolverse á descubrir la verdad. Cobré al fin valor, y dije:

—Has de saber, esposa mía, que voy á achicarme.

—No te comprendo—me dijo la pobrecilla, llena de asombro.

—No es fácil que me comprendas. Quiero

decirte que voy á menguar como la luna; es decir, que me quedaré convertido en liliputiense... Pero no te alarmes... podré recobrar mi estatura cuando haya realizado la empresa científica que quiero acometer.

—¿Y qué empresa científica es esa, y para qué diablos has de quedar á la tan breve estatura que dices?

—¿No aciertas á explicártelo? Pues siendo yo chiquirritín me será fácil, y sin ayuda de microscopio ni de micrófono, ver y oír á los animales pequeños; estoy loco de contento porque puedo realizar un viaje científico al mundo de los insectos; realizaré una heroica empresa, me cubriré de gloria, y con la obra que yo publique dando cuenta de todo cuanto vea y estudie... haré un capital.

Mi pobre esposa se echó á llorar amargamente; no se la ocultaban los peligros á que sin duda habría de exponerme; podría morir en las fieras uñas del gato; en las tenazas cortantes de una hormiga; para mí serían monstruos hasta los bichos más imperceptibles á la vista.

Tuve el valor de fingirme alegre y entusiasmado por consolar á mi mujer, que estos sacrificios ha de hacer un hombre honrado por los seres que ama, y de tal modo me expresé y por tales medios hube de animar el corazón de mi pobre esposa, que ésta, no sólo se tranquilizó, sino que llegó á reirse de lo extraño de mi achicamiento, y á admirarse de lo que ella consideraba como un maravilloso resultado.

Se hicieron los preparativos todos para cuando llegara el caso; convinimos en que ella guardaría el mayor secreto, no fuera que, excitada la curiosidad de las gentes, llegase yo á servir de diversión á mis colegas los sabios y á las muchedumbres amigas de ver monstruos, gigantes y enanos en las barracas de feria ó en los circos de saltimbanquis.

No obstante, mi tristeza se había disipado.

Al fin y al cabo, me decía, no ha de ser tan triste mi suerte, y eso mismo que he dicho por consolar á mi mujer, me ofrece en realidad un motivo para ver y estudiar grandiosos misterios de la vida y de la naturaleza. A grandes y á chicos consuela y ennoblece la ciencia, y puede que si llego á empuqueñecerme hasta el tamaño de un dedo meñique, pueda realizar estudios que me engrandezcan á la altura de los más eminentes y celebrados naturalistas.

A los pocos días quedé, en efecto, tan pequeño que podía encerrarme en mi petaca, darme un baño en mi tintero y hacerme un abrigo de piel con el dedil de uno de los guantes de mi mujer.

Así pude dar principio á mi viaje y consolar lo doloroso de mi triste situación con el trabajo científico á que, como vereis, he dedicado mi vida de hombre meñique, de doctor diminuto, de segundo Gulliver, de Robinsón pitimini.

Mi mujer estaba espantada de asombro; yo la había suplicado que hablase en voz

baja, porque de otro modo me ensordecería. Y mientras ella, colocándome con sumo cuidado en la palma de su mano, exclamaba admirando mi personilla:



—¡ Jesús, qué mono, qué gracioso y lindo te has quedado! ¡ Pobrecito mío!

Yo estaba lleno de terror al ver que el cutis, antes para mí fino y suave de mi mu-

jer, aparecía entonces á mis ojos como esos burdos lienzos de sacos, y aún más áspero y acortezado, y surgiendo de él todo un cañaveral de varas negras y grasientas, lo que otras veces había sido para mí vello finísimo, delicado; hasta el aliento de su boca, en verdad, aromatizado por el licor de menta dentrífico que ella usaba, era cálido como vapor que escapa de una enorme caldera. Mi sensibilidad se había hecho más delicada, y si mis sentidos no llegaban al alcance que habían tenido, eran en cambio mucho más perspicaces... oía infinito número de sonidos y veía hasta los más minuciosos detalles de las cosas que antes hubiera tomado por pequeñas y fútiles.

Para hacerme oír sin tener que hablar á grandes voces, lo cual me hubiera mortificado, hube de valerme de un micrófono telefónico; mi mujer, para contemplar mi cara y ver la expresión de mi rostro, valiase de una enorme lupa...

—Es necesario—la dije—que pienses en hacerme ropa, pues no tengo más que esta túnica del muñeco de Pepito, y á la verdad, estoy impresentable.

No os he dicho que tenía dos hijos, Pepito y Carmela, á los cuales nada les había dicho respecto á mi transformación y achicamiento; mi mujer pensó que si los niños veían á su padre reducido á la estatura de una figurita de porcelana de las de la rincónera, podrían tal vez querer jugar con papá y faltarle al respeto; no obstante, di las medidas de mi cuerpo á mi mujer, y

ésta encomendó á nuestra hija el encargo de que con los faldones de una de mis levitas hiciera un traje completo; también hube de ponerme los sombreros de un muñeco de Carmela.

Cuán ajena estaría ésta de sospechar que aquello iba á servir á su padre; se les dijo que yo me había ido á hacer un largo viaje. Lloraron un poquito; pero después, ante la promesa de que tornaría pronto á casa cargado de juguetes y regalitos para ellos, se tranquilizaron, en cierto modo contentos y risueños, con la esperanza de recibir algún día de mis manos quizá mil preciosas curiosidades.

Sin embargo, cuando yo, escondido, veía cerca de mí á aquellos gigantes, mis hijos, lanzando terribles gritos, no me podía acostumbrar á la idea de que aquéllos fueran mis hijos, á los cuales creía que habría de ver mucho más pequeños que yo, esto es, de estatura equivalente á la que con relación á mí tenían antes de que yo me achicase.

Pero quien no cesaba de admirarme ni acertaba á moverse de mi lado era mi mujer: parecía unas veces satisfecha de verme, como ella decía, tan remonísimo y tan gracioso, con mi cabecita de miniadas facciones, mis piernecitas y mis brazos, hecho un hombrecito.

—Vamos, déjate de contemplaciones; tú no puedes pensar lo que me mortificas cada vez que me agarras con tus dedazos; luego el calor de tu mano me sofoca...; es nece-

sario que pienses en hacerme más fácil y llevadera mi situación.

Nunca hubiera dicho tal cosa: me hallaba sobre la mesa de mi despacho, frente á mi mujer, que había intentado atraparme con sus dedos. Pues bien: de pronto cayó sobre mi cabeza, cegándome y aturdiéndome, un chubasco de agua, era una lágrima que se había desprendido de los ojos de mi mujer, conmovida por lo que, sin duda, hubo de considerar una ingratitud mía.

—Perdóname, esposa mía—le dije, y saltando á su mano derecha, me abracé á su dedo meñique y le besé en la yema, gordita y carnosa como su rostro.

—No perdamos el tiempo—le dije después—; es necesario que me habilites una casa donde yo pueda habitar; no se te ocurra meterme en un cajón ó en un estuche; trae de la cómoda de la sala aquella casa suiza que te regalé llena de dulces el día de tu santo, es bastante cómoda y abrigada, tiene cristales, dos pisos y varias habitaciones; en fin, ya me acomodaré como me fuere posible, con cuatro trastitos de los juguetes de la niña, hasta que haya dispuesto lo necesario para emprender el viaje.

Así se hizo, y quedé instalado en la casita suiza, como Gulliver en la casa de muñecas de la niña gigante, y con más lujo y comodidad que Robinsón en su isla.

¡Quién habría de decirme en otro tiempo, cuando hube de comprar en montón algunos de los juguetes de mi hija, que compraba enseres para mi uso y servicio

mejor que para la diversión de Carmelita. Este es el misterioso destino del hombre, metido en una cama de muñecas, quería conciliar el sueño, toda vez que durante todo



el día había estado de aquí para allá, colocando los muebles y barriendo las habitaciones de mi morada; pero, imposible... el sueño no llegaba, tal hervía mi cabeza y tan continuados y disparatados pensamien-

tos ocupaban mi mente, desvelándome y poniéndome en continuo desasosiego.

—No, no podré, seguramente, resistir esta vida, como no es soportable ninguna cuando el hombre se entrega al ocio y se deja dominar por la pereza; estudiaré, mi mujer abrirá los libros, y subiendo yo sobre las páginas, y á la carrera, pasando y repasando por los renglones, á la vez que leo, me ejercito en el paso gimnástico.

Y esto hice á la mañana siguiente, después de haberme lavado y vestido y luego de tomar mi tacita de café por desayuno. De este modo hice siempre que me era necesario leer y estudiar.

Hice una observación utilísima; y era que, como algunas veces me cansaba de andar con tal premura por entre las líneas, tenía que caminar despacio, y me fijaba más en lo que leía; de donde yo deduzco que los estudios que se hacen á la carrera maldito lo que aprovechan, y, por tanto, el que estudia con sosiego reflexiona con más juicio y saca fruto mejor de lo que los libros nos dicen.

¡Qué espectáculo tan nuevo y asombroso para mí aquel mundo pequeñito! ¡Qué maravillas contemplaba! Lo que hasta entonces había yo tenido por inútil y despreciable, resultaba entonces grande y de provecho, á veces digno de admiración por su belleza.

Yo, que era tan chiquito que al asomarme para mirar abajo por los bordes de la mesa de mi despacho me sentía acometido por el vértigo de las alturas, ni más ni menos que

si vosotros mirarais á la tierra desde lo más elevado de una torre, tenía la ambición de acometer empresas heroicas... que á vosotros habrán de haceros reir...; pero es sin olvidar que yo no era mayor que el dedo meñique de mi mujer; no lo olvideis, pues sólo teniéndolo presente es como os será posible comprender todo el valor ó merecimiento de las aventuras que he llevado á cabo, lo terrible de los peligros en que me he visto, y de los cuales he ido saliendo merced á mi fe en Dios y en la ciencia, que es la santa verdad de Dios que los hombres van descubriendo como premio á la constancia, á la virtud y al trabajo.

—No cabe duda—me dije—; yo soy un héroe de la ciencia. Las impresiones que ahora voy á recibir y los peligros á que valerosamente voy á exponerme son bien distintos de las impresiones y de los peligros que se me ofrecieron cuando, por hacer estudios de meteorología, hice atrevidísimos vuelos en aeroplano.

Entonces expuesto estuve á caer y estrellarme contra el suelo ó á hundirme y ahogarme en el mar; pero ahora mayor número de peligros y más variedad de ellos me amenazaban. Cuando desde las alturas á que llegué en el espacio por nuestro monoplano miraba á la tierra, qué diminutos aparecían á mis ojos los edificios, como juguetes, y los hombres, como pulgas, y cuán despreciable era la tierra; pero al haberme achicado, merced al elixir de Bam-Bam, veíame en un mundo de cosas ciclópeas,

plantas enormes y animales y gentes gigantescas.

No importa, adelante; no dudes, no vaciles, no tiembles. ¡Aunque te hayas achicado, eres grande, un grande hombre!

Muy entusiasmado me sentí después de este discurso.

En esto llegó á mí la siempre dulce, argentina voz de mi mujer. ¡Cuánto la amaba y cuánto la había yo amado siempre! Por el amor que hacia ella sentía, por este amor casi más que por el progreso de las ciencias y el bien de la humanidad, habíame achicado yo. Deseaba conquistar la gloria, realizar tan audaz y extraordinaria empresa y ofrecer á mi mujer los laureles que el mundo me diera en premio de mi obra.

—¡Jesús!—decía mi mujer—. ¡Qué suciedad y qué miedo!

—Perdone la señora; no lo habíamos visto—replicaba la camarera; y añadía porfiando, respetuosa, pero tenazmente—. Hemos limpiado toda la casa, sí, señora; la hemos limpiado; lo hemos barrido todo con el esmero de siempre.

—No es posible...

—Créame la señora.

—Así será; pero el caso es que en el rincón aquel está ese inmundo bicho. Vaya usted, acérquese, vea la telaraña que hace allí colgajo—contesta mi mujer, y poco después dijo al ver que la camarera y un criado, armados de escobillas de largo palo, se disponían á limpiar el rincón:

—No; no la mateis hasta que yo haya sa-

lido de la habitación; podría caer ese bicharracho encima de mí, y yo me moriría de miedo y de asco.

—Aquí de los hombres—me dije yo—; valgan ahora los buenos caballeros; ya empiezan para mí las aventuras: mataré esa araña. Tal fué mi heroica resolución.

Las arañas son animales ferocísimos: entre sí mismas se atacan fieramente y se devoran unas á otras. La hembra suele, casi siempre, devorar al macho. Se arrojan á la lucha, y la araña más fuerte devora á la más enteca y endeble.

—¡Animo y adelante!—me dije.

¿Qué arma elegiría? Una fina y afiladísima aguja habría de servirme de espada, y llevando á cuestras una cerilla y varias cabezas de otras, prendería fuego al nido, caso de que con las estocadas que tirase al monstruo no pudiera dar fin á su existencia.

¡Oh, si vierais qué empresa aquella, para mí más ardua y difícil! Tratábase de subir al techo, es decir, á una altura para mí tan considerable como lo puede ser para vosotros el pico de Muley-Hacen; pero no por pendiente inclinada, sino que por un plano terso y vertical, tan terso que las paredes se hallaban estucadas; iba á combatir un monstruo que me resultaba de la magnitud con que cuando yo tenía la estatura natural, no ésta á que me redujo el veneno del indio, resultaría mi mesa de despacho; de modo que os podreis figurar una araña enorme como una gran mesa... ¡Sería horrible tal monstruo!

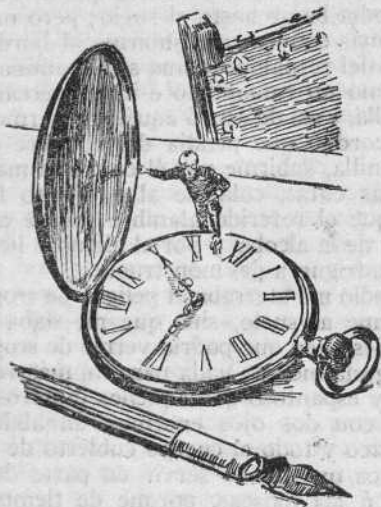
Así aparecería para mí la araña, y además las patas de la fiera serían casi de doble longitud que todo mi cuerpo.

Había yo hecho que mi mujer pusiera una escalerita á uno de los lados de mi escritorio, escalera hecha de libros superpuestos, y claro que unos más salientes que otros. Por ella podía bajar hasta el suelo; pero me pareció más conveniente subirme al borde superior del respaldo de una silla, caminar por allí como un funámbulo é irme acercando á otra silla, y así de ésta á aquélla llegarme hasta el cordón que pendía del alambre de la campanilla, subirme por él como un marinero á las cofas, colarme al agujerito hecho para que el referido alambre pasase al llamador de la alcoba, y por el alambre llegaría á la madriguera del monstruo.

No sólo me aterraba el peligro de tropezar y caerme al suelo, sino que me daba miedo el riesgo en que podría verme de tropezar con alguna mosca; nada para mí más repugnante y espantoso que aquellos dípteros, peludos, con dos ojos enormes, un abdomen blancuzco y todo el cuerpo cubierto de unos parásitos que deben servir en parte de alimento á las moscas, porque de tiempo en tiempo las había yo visto devorarlos, limpiándose de ellos el cuerpo, las patas y las alas; pero no bien se limpiaban volvían pronto á verse cubiertas de otros nuevos de la misma especie.

Claro es que las moscas jamás me habían parecido á mí tan feroces; pero—vuelta á las proporciones—se me aparecían entonces ma-

yores que grajos, eran más grandes que mi cabeza. Ahora bien, ¿os sería posible vivir en un lugar donde hubiera tantos grajos como puede haber de moscas en una habitación, y que fuesen tan impertinentes que pasaran dándoos terribles aletazos ó posándose



sobre vosotros? ; Y qué ruido más continuo y estridente el que armaban aquellos animaluchos alados!

Muchas precauciones había tomado mi mujer contra ellas, disponiendo platos de goma espesa y azucarada y de unos ciertos papeles venenosos... pero, no obstante, no me había

librado de ellas, ni de sus feroces compañeros los mosquitos. ¡Qué espantosa resonancia la de la trompetilla de éstos... Me parecía oír la del juicio final! Aumentad las impertinencias de estos animales con relación á mi pequeñez y á la sensibilidad de mis orejas, que percibían los sonidos más pequeños con un aumento desmedido, y bien fácil os ha de ser comprender mis sufrimientos.

Salí de mi casa con una cajita de papel que me hice, no sin gran trabajo para cortarle y doblarle, y mi aguja-espada, que había afilado con habilidad y maña; atravesé la superficie de la mesa... un estruendo espantoso me sobrecogió el ánimo: era un triquitraque ensordecedor; resonaba detrás de unos libros; dí vuelta por ellos y me hallé pronto, con gran asombro mío, contemplando mi reloj de bolsillo; subí sobre su tapa de oro. ¡Qué maravilla, una plataforma grande de oro cincelado, bajo la cual se producía el mecánico sonido de las ruedas en constante movimiento! Verdaderamente hube de recordar entonces el reloj de Gulliver, que había sido el espanto de los liliputienses mis semejantes.

¡No hay como esto de llegarse á ver pequeño para dar el mérito verdadero á cosas que nos parecen de escaso valor!

¿Quién habría de decirme, cuando metía y sacaba aquel aparato en el bolsillo, que habría de verme algún día de pie sobre él, ni más ni menos, y pudiendo pasear por todo el disco como por una glorieta?

Era conveniente averiguar á qué hora da-

ba comienzo á mi aventura, más que gigantesca, hercúlea; bajé de la tapa, y tomando mi alfiler de gran cabeza, apreté el botoncillo... y *chas*, saltó la tapa; subíme al borde del cristal y vi la hora; vi más: pude percibir el movimiento de las agujas, tan lento que no es posible advertirlo ni aun fijando mucho la atención para ello. Con maña y fuerza pude cerrar el reloj.

—¡Ea, en marcha! Son las diez y media. No tengo tiempo que perder—me dije; y santiguándome y perñignándome, recé devotamente arrodillado, suplicando á Dios Todopoderoso me sacase bien de aquella tremenda aventura que iba, arrojadamente, á acometer; pues iba á vérmelas con un monstruo espantoso, como jamás las más atrevidas y fantásticas leyendas humanas habrían imaginado de horrendo y fiero.

Trabajo me costó caminar sobre el borde superior de las sillas; pero ¡cuánto tuve que admirar! El suelo de la habitación aparecía á mis ojos mil veces más vistoso en colores que el campo más florido. La alfombra de tapicería resaltaba con variantes de grana y rosa, y todo en una armonía perfecta; alcé una vez la cabeza, y vi en la altura del techo, allí donde casi no podía yo alcanzar con mis ojos, unos reflejos brillantes, como si se produjera un espléndido fenómeno meteorológico: eran enracimados unos magníficos prismas de cristal que lanzaban luces irisadas...

—Serán—me dije—las lágrimas de la araña del despacho.

Saqué un antejo que había podido arreglar-me y contemplé el conjunto de aquella portentosa obra de cristal... ¡Cuán hermosa habrá de parecerme también de noche, mandando que enciendan las velas todas! No menos asombro me produjeron los cortinajes de damasco, junto á los cuales pasé, y los grandes espejos.

Al fin llegué al cordón de la campanilla, y lleno de animoso coraje, queriendo robustecer mi ánimo por la realización de audaces empresas... comencé á subir... tras, tras, tras...; ¡ah!, pero me fatigaba; y así, haciendo descanso y tornando á mi ascensión, llegué á la altura; probé con el pie la resistencia del alambre, para ver si me podía soportar, y quedándome asido á él con las manos, pasando ésta, volviendo el cuerpo para soltar aquélla, y cogiéndome con la otra, llegué al boquete por el cual penetraba el alambre á la alcoba.

Ápenas si cabría á entrar por él, arrastrándome y pegando mi cuerpo al alambre; antes quise examinar el conducto, no fuera que en él hubiese algún animal, sobre todo alguna *tijereta* con su numerosa cría, que aquéllas suelen esconderse en los agujeros y en las grietas, donde guardan sus hijuelos sin separarse de ellos.

Miré, y nada vi; y al fin, rastreando, me hallé al otro lado, es decir, en la alcoba.

¡Bravo! Era un héroe; notaba, sin embargo, que mi fatiga no resultaba al fin tan grande como yo me había temido y que, relativamente, era más ágil y diestro que

hube de serlo cuando tenía la estatura ordinaria del hombre.

Por fin, después de un ligero descanso, pensé proseguir mi heroicidad comenzada; sin duda alguna, Dios, al permitir que yo me viera tan chiquitito como un liliputien-se, me había dado un ánimo valeroso y audaz; cierto que yo había sido siempre inquieto y un tantico acometedor...; pero jamás hasta el extremo de entonces.

—Pero ¿sabes tú—me decía yo—á lo que te expones? ¿Sabes y comprendes el mérito de la empresa que intentas realizar? ¿Tú, que cuando eras un hombre como los demás no hubieras ido á presenciarse, siquiera á regular distancia, la caza de la pantera, te arriesgas á cazar una araña?

Pienso que seguía mirando con el desprecio de antes á las arañas, como había mirado á las moscas..., y verdaderamente, ya no me era dado considerarlas así.

Pues qué, ¿no se arroja una araña sobre su víctima y hace presa en ella por salto tan rápido y por contracción de sus patas, tan recia como el tigre sobre su caza?

Espantoso habría de ser morir prensado debajo de la peluda panza del arácnido, húmeda por el juguillo de las mucosas; moco que al contacto del aire se seca y endurece, formando hilos, y segrega innumerables á la vez, y hace red, en la cual pega y ata á su víctima, al propio tiempo que la estruja entre sus largas patas, prénsala y va chupándole la sangre, y la mata.

El monstruo queda ahito y embriagado.

Desde el alambre salté yo al techo del armario-espejo, que se hallaba pegado á la pared, no lejos del rincón donde tenía su guarida de muerte la enorme araña. Allí escondida, al acecho, esperaba paciente é inmóvil á que cayese alguna presa en la red. La contemplación de ésta me entretuvo por largo tiempo.

¡Qué admirable obra!

Formaba la extendida tela una especie de embudo prendido por sus bordes á la pared, y estrechándose y apurándose hasta el cavernoso agujero, centro de toda aquella trampa, cepo y red. Allí dentro rebullía una masa negruzca, el alma de aquel antro.

Al menor contacto con la red estremecía-se el animal y rápidamente salía de su covacha.

Esta fina percepción dió, sin duda, lugar al error muy corriente de que las arañas gustan de la música. Error combatido por Mr. C. Bogs.

Este profesor hizo sonar un diapasón, y tocando varias veces con él ligeramente en la tela de araña, llegó á ver estos efectos: Si la araña estaba en el centro de la tela, viraba en redondo con rapidez para colocarse de frente en la dirección del diapasón, y recibir en sus patas anteriores las vibraciones comunicantes de los hilos radiales. Una vez hecho esto, tendía sus hilos hasta alcanzar el instrumento en el punto de unión de dos ó más, cuya dirección determinó mediante las patas anteriores.

Si no se mueve el diapasón cuando llega

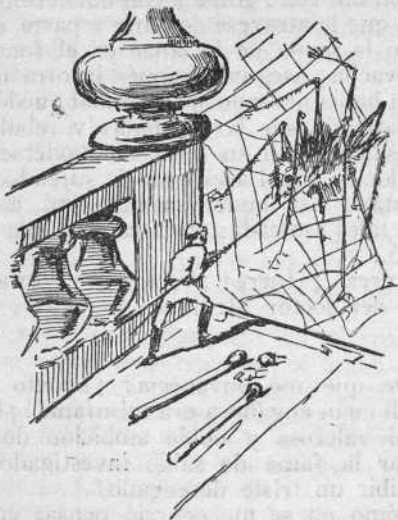
á él la araña, parece experimentar el mismo encanto que si tropezara con una mosca, pues lo coge, lo abraza y rodea con sus patas mientras duran las vibraciones del sonido, sin que la experiencia le enseñe que hay otras cosas que pueden zumbar además de su víctima ordinaria. Cuando, incitada una araña, llega al borde de la tela, apartamos el diapasón y luego lo acercamos poco á poco; vigila su presencia y su dirección, y se aproxima cuanto puede en la dirección del sonido. En cierta ocasión cogí una mosca, la sumergí en parafina, la puse en una tela de araña, y atraje este animal tocando la mosca con un diapasón. Cuando la araña pudo convencerse que aquél no era alimento conveniente (es decir, que estaba adulterado) y le abandonó, toqué la mosca de nuevo. Esto produjo el mismo efecto de antes, y tantas veces como la araña trataba de dejar la mosca la retenía yo, acercándole el diapasón. Así logré que la araña comiese una buena parte de la mosca.

Para hacer estos y parecidos experimentos habíame yo sacrificado bebiendo el licor de Bam-Bam. Ya estaba en batalla.

Una lanza larga, aguda; una magnífica lanza, que, á pesar de ser toda de acero, no me resultaba pesada...; me serviría en la lucha; era una aguja de hacer media. Sin moverme del sitio en que me había colocado podía atacar á la fiera. La araña perecería, si yo consiguiera manejar con destreza y tino el arma.

Atravesaría de parte á parte al bicharraco,

enclavando después un extremo en la pared y otro en el armario; de este modo, fuera la araña, me sería fácil acercarme á ella y cortarle la cabeza ó ponerla fuego; el movimiento tenía que ser pronto y certero, porque de lo contrario, huía; en cuyo caso tal



vez pudiese encontrársela mi mujer, la cual se asustaría terriblemente, ó quizá se arrojará sobre mí y sería abrazado por el monstruo, como los osos abrazan, ó el *boa constrictor* estruja á sus víctimas; además, me chuparía la sangre como el pulpo á su presa.

El momento de prueba llegó: embracé mi lanza, no muy pesada para mí, pero, á la

verdad, difícil de manejar por lo larga. Y, creedme, no penseis que por amor propio refiero esté valeroso hecho mío; pero al fin representaba en el pequeño mundo á la raza humana domeñadora de monstruos; nuevo Hércules microscópico, nuevo Cid, asesté al arañón tan recio golpe y con tan certero empuje, que le atravesé de parte á parte, enclavando la punta de la lanza en el fondo de la covacha; aseguré después la otra punta, según había pensado, y el animal quedó preso, batiendo sus largas patas y rebullendo furiosamente en su nido, sin poderse desprender de aquel acero que le sujetaba á mi voluntad; así pude, sacando mi espada, darle tales estocadas en la cabeza, que al fin murió...

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Victoria, victoria primera del doctor Meñique!

¿De qué me envanecía? ¡Pronto comprendí cuán engañosa era mi ufanía! ¡Pronto mi valerosa y noble ambición de conquistar la fama de sabio investigador iba á recibir un triste desengaño!

¿Cómo no se me ocurrió pensar en que nunca las empresas acometidas por los pequeños fueron justamente apreciadas por los grandes? ¿Qué poeta se atrevería, arrostrando las burlas del mundo, á escribir las aventuras de un hombre meñique? “Heroica hazaña del enano que mató á la araña.”

¿Cómo, á pesar de mi previsión de hom-

bre de ciencia y de pensador, no vi que me esperaban otros trabajos más duros y apenadores que los trabajos materiales?

¡Ay, que así fué! ¡Y por ello tuve que renunciar á mis exploraciones por el mundo de las hormigas y de los insectos!

Ello fué que cuando más satisfecho me hallaba, viendo á mis pies y atravesado por la aguja lanza al terrible monstruo, oí la dulce voz de mi mujer:

—¡Dios mío! — exclamó—. Te buscaba; temí que te hubieras perdido ó que hubieras, horror me causa el pensarlo, caído en las garras del minino; pero ya no hay peligro. He tomado mis precauciones. El morrongo está encerrado. Pero, ¿qué haces ahí, pobrecito mío? ¿Cómo has podido subir á esa altura? Espera, espera, que yo te ayudaré á bajar.

Cogió mi mujer una silla; subióse en ella, y tendiendo hacia mí el brazo derecho, puso la palma de la mano y yo caí en ella, abrazándome al dedo meñique y besando con efusión la yema de aquel dedo, como hubiera abrazado á mi esposa á haberme sido posible hacerlo.

Ella lloraba; afligíala la idea de que yo, por mi loca empresa, me hubiera condenado para siempre á vivir reducido á tan mínima estatura y misérrima corpulencia.

Entonces, por darle consuelo y reforzar con mis palabras su ánimo, abociné con ambas manos mi boca, y á grandes voces, pues de otro modo no era posible que oyera, comencé á gritar de la manera misma que

lo había hecho cuando, dirigiéndome á un numeroso concurso, había tenido que pronunciar mi más doctos y elocuentes discursos:

—Nada temas—dije—; volveré á mi estatúra y vigor... cuando, realizados mis experimentos, pueda confirmar con ellos cuanto acerca de la vida psíquica de los insectos, especialmente de los himenópteros, han dicho Darwin, Inbrok, Pett Hague, Morderige, los Huber... y aun añadir nuevos descubrimientos...

—Déjate de repetirme esa letanía de santones científicos... embusteros... y vuelve, vuelve á ser lo que eras...; porque, á la verdad, te lo confieso, unas veces, cuando te miro de cerca, me pareces un lindísimo muñequito, un juguete muy mono, que puede bañarse en la jaula del pájaro y habitar la cunita de muñecas, como Gulliver; y otras, otras... ¡cuánto me aflige el decírtelo!

Mi mujer calló.

—Prosigue—grité yo—, prosigue...

—Pues bien, otras veces se me figura que eres... ¡qué sé yo!... una alimaña.

—¡Dios mío! ¿Qué dices?—exclamé, lleno de espanto—. ¡Una rata sabia!

En esto sentimos pasos en la habitación inmediata. Era preciso que nadie me viera y preciso guardar nuestro secreto, y como indudablemente alguien se acercaba, aconsejome mi mujer que me ocultara; y yo lo hice, metiéndome debajo de la mesa, y abrazándome á una de las patas, subí por ella como por el tronco de un árbol, quedándo-

me sentado en una moldura, como un grumete en la cofa ó en la gavia de un palo del barco. El tapete de la elegante mesita me ocultaba por completo.

¡Qué alboroto de voces, que eran atronadoras en mis oídos, llegó á ellos! Mi ayuda de cámara y el ama de llaves, todos, que estaban inquietos por mi ausencia, llegaban á preguntar por mí á mi mujer.

—¿Qué ha sido del señor?—decía Pedro mi criado.

—¿Dónde está el amo?—clamaba el jardinero.

—Dicen que se ha marchado al extranjero. Pero, ¿cuándo?—decía María Basilia, nuestra vieja y muy querida mayordoma.

Mi mujer vióse apuradísima, sin saber qué contestar; pero temerosa de decir la verdad, por no fiarse de la discreción de su gente, dijo:

—El señor ha tenido que marcharse al extranjero á desempeñar una comisión científica secreta que le ha encomendado el Gobierno. Viaja de incógnito, y es preciso que nadie lo sepa. Así, pues, encargo á ustedes guarden el secreto. Yo me quedaré sola en estas habitaciones hasta que venga el señor. Cuando necesite algo, te llamaré á ti, María. Idos, pues, que yo tengo que escribir unas cartas y quiero estar sola.

¡Qué susto pasamos! Desde luego comprendí que era muy acertada la resolución tomada por mi mujer. Convenía que la gente no me viera; la curiosidad fué causa de la perdición del mundo; la curiosidad

de la gente de mi casa podría provocar la de los vecinos, y la de éstos, la de todo Madrid, y quién sabe si no llegaría á verme en el tristísimo estado en que se ven todos los enanos, siendo objeto de las miradas de una muchedumbre de mirones.

Además, mis trabajos debían hacerse con el mayor secreto posible.

Pasaron algunos días, y hasta meses; y durante este tiempo estuve, ayudado por mi caritativa mujer, haciendo todos los preparativos para mi empresa. Esta había de realizarse en el jardín.

Ni aun para las peligrosas cacerías del centro de África son necesarios las armas, las trampas, la maquinaria y preparativos que eran necesarios para mi heroica empresa. Tejió mi mujer redes diminutas; hice de un lindo dedalito de oro un casco; de grandes agujas y agujones, lanzas, y de la malla de un precioso bolsillo de plata, una finísima cota; y así armado y revestido, y encomendándome con todo fervor á Dios y con amor apasionado á mi dueña, halléme dispuesto á dar principio á mi odisea y acometer hazañas y aventuras dignas de una nueva *Ilíada*.

Hasta los niños saben que los insectos reciben este nombre porque están formados de cuerpos seccionados; partes que se hallan enlazadas por articulaciones, como placas anulares que protegen el cuerpo; llámase á tal conjunto dermo esqueleto. Por lo general es duro y liso, por él se ven los animalillos defendidos para las faenas del trabajo

y los peligros de la guerra; he aquí que yo al vestir esta cota de malla hecha del bñllito, tanto me asemejo á un príncipe guerrero antiguo, como á un diminuto escarabajo. Los insectos son, pues, comprendidos por sus tres parte: cabeza, tñrax y abdomen; la primera es la más importante y por mí la más temida: en ella, no sólo residen la inteligencia del animal y los sentidos, sino armas poderosas; la cabeza es un verdadero estuche parecido á esos que un ingenioso y hábil fabricante suele ofrecernos para que hallemos en un solo objeto la utilidad y los servicios que pudieran prestarnos varios instrumentos á la vez: bastones, escopetas, cuchillos, tenedores, arpones, martillos, sierras, dardos, limas, tenazas, dagas y trampas que sirven de boca, mandíbulas. Cuando un insecto se me acerque, pensaba yo que habría de verme seguramente en grave riesgo de ser atravesado de parte á parte por un agudísimo cuerno, dividido por unas tenazas, lanceado por punzones, desgarrado, triturado, padeciendo mayores martirios que los que padecían los delincuentes en los tiempos en los cuales se les daba tormentos dentro de las cárceles, y según bárbara costumbre de todos los Tribunales del mundo. No importa, me dije lleno de valor, arrostraré todos los peligros; pero, en cambio, descubriré todos los grandes secretos de la vida de los muertos, y tal vez todos los misterios de la ciencia, y esto lo dije con tal soberbia como inspirado por el necio orgullo y la satánica ambición de los

golosos Adán y Eva, y de los torreros de Babel.

¡Ah, que sin duda esta soberbia fué causa de mi castigo! Otros tormentos, otros más crueles que los que yo temía sobrevinieron; ¡ah! de ellos fuí víctima y por ellos perdí mi empresa.

Una mañana, cuando ya me disponía á bajar al jardín, y mi mujer metídomo en uno de los bolsillitos de su elegante delantal, penetró en la estancia en que nos hallábamos la vieja María Basilia, muy azorada.

—Señorita, el ayudante del señor acaba de llegar y dice que tiene que ver á usted. Lleva ya varios días viniendo con la misma pretensión, y todos ha recibido la misma respuesta, de que usted no está en casa. Hoy asegura él que sí, que está usted, y que él no se va sin verla

Habré de decir que durante los primeros días de mi empequeñecimiento fué recibido por mi mujer mi ayudante, que iba repetidas veces y muy solícitamente á preguntar por mí. Contestaba mi mujer que yo me hallaba fuera de Madrid, y que ella ignoraba en qué lugar. En la casa sólo habían quedado el conserje, un anciano, que sólo salía del kiosquete ó pabelloncillo de la vería á las habitaciones principales; Pedro y María Basilia.

A nadie se había revelado el secreto. Tan útil, tan celosa, tan discreta era mi mujer. Así fué, que ante la insistencia de mi ayu-

dante, mi mujer dió orden de que le hicieran subir.

—Estáte quietecito aquí en el bolsillo —dijo mi mujer—; no vayas á caerte.

Y luego, pensándolo mejor, me cogió, y medio envuelto en un finísimo pañuelo de



seda, metióme en el bolsillo relojera de su levita-gabán, y allí quedé tan guapamente escondido, pudiendo verlo todo sin que me vieran. Una vez dentro de mi escondite, sentí un ruido estruendoso, golpes acompa-

sados, periódicos, como las salvas de cañonazos. ¿Qué era aquello?

Mas ya; el corazón, el amado corazón de mi esposa. Qué potente, qué sonoro, qué rico de vitalidad. A su lado, ¡qué era el mío, de vertiginoso movimiento y levísimo, casi inaudible, latido! Nunca sentí mayor pena por mi pequeñez.

—¡Estáte quieto, maridito mío! No te expongas á que este señoritillo te descubra, y entonces estamos perdidos. Cállate; voy á divertirme un poco ahora con la curiosidad de este mozo, y aun á poner un poco á prueba su afecto y gratitud hacia ti.

—Señora; perdone usted si he insistido en verla; pero...

—Calla—me dije yo, oyendo el vozerón—; ya está aquí este mequetrefe.

Y abriendo un poquito el pliegue del pañuelo, me puse por el vacío á oler y á atisbar.

—Pase, pase y tome asiento—dijo mi mujer con exquisita cortesía.

—Vengo, señora, á que usted me dé noticias del maestro.

Mi mujer miró al mozalbete, y algo debió de adivinar en sus ojos, con esa perspicacia femenina que es la más aguda y original facultad inteligente que Dios otorgó al alma de las mujeres, porque entre apenada y maliciosa, dijo:

—¡Noticias! ¿Y usted las pregunta? ¿No comprende usted que todo cuanto ocurre debe obedecer á algún terrible misterio? ¿No se le ha ocurrido á usted pensar, al

verme retraída del mundo, que ha debido suceder alguna desgracia?

—¡Cómo! ¿es posible?—exclamó el mocito más sorprendido que apenado.

—Sí, amigo mío. Déme usted su palabra de honor de no decir á nadie lo que voy á referirle, por ser usted persona de mi estimación—añadió mi mujer.

—Gracias, señora—replicó el ayudante.

—Pues bien: hace ya algunos meses que el doctor se fué al interior del Congo belga con unos sabios exploradores, y á los pocos días cayó en las garras de un tigre.

Llevóse mi mujer las manos á los ojos, cubriendo con ellas la cara. Yo vi su sonrisa de finísima burla.

Hacía mi mujer que se hallaba muy dolorida por la desgracia de haberme perdido para siempre, y en fingir tal apenamiento, bien me hacía comprender su propósito que no era otro sino el de que viese la falsía del carácter de mi ayudante.

En efecto, éste pronto reveló sus intenciones, su hipocresía y su codicia.

—Consuélese, querida señora. ¿Qué se le ha de hacer ya? Era de esperar la desgracia, el maestro un día ú otro tenía que hacer alguna locura.

¿Locura?

Sí, había dicho locura. ¡Por locura tomaba él mis valerosos, mis heroicos intentos, mis empresas científicas! Así los estimaba él, que siempre por adularme habíame colmado de elogios y prodigado exageradas ponderaciones de alabanzas. ¡Morir para

ver!; pero era aún mucho lo que yo tenía que ver.

Atrevióse á pedir licencia, según él dijo, para arreglar mi biblioteca y examinar, *corregir* y ordenar mis papeles; mis estudios. ¿Corregir él mis obras? ¿Habría desvergüenza?

Pues aún llegó á mayor maldad y cinismo, puesto que se atrevió á decir aquel zascandil, mal mancebo de laboratorio y mal amanuense, que en todos aquellos papeles había muchos trabajos suyos. ¡*Nuestros estudios y descubrimientos!*

Yo me revolví en el bolsillito de mi mujer, y hubo un momento en que me sentí tan indignado, que olvidándome de que mi voz era debilísima y mi personilla de liliputiense, estuve á punto de protestar con un fiero exabrupto, y de arrojarme al cuello de aquel miserable petulante.

También mi mujer debía de estar indignada, porque yo sentía que su corazón daba recios y precipitados latidos.

Dió mi mujer licencia á mi ayudante para que fuese á mi cuarto de estudio, y cuando el mozuelo salió, yo dije:

—¿Cómo? ¿Y has permitido á ese títere que revuelva mis papeles?

—Sí, quiero ver y que tú veas hasta qué extremo lleva su osadía—díjome mi mujer, y sacándome del bolsillo y poniéndome en la palma de la mano, me colocó en el suelo, y yo luego me dirigí al despacho.

Sentóse el jovenzuelo en mi sillón, y su primer cuidado fué escribir una carta. Yo

pude escalar por los mimbres del cestito papelera, hasta una moldura del zócalo, y por el cordón de la campanilla, ¡trabajos de acróbata!, ocultarme entre dos cuadros, uno con el retrato del rey y otro con el de mi esposa. Quedaba yo colocado precisamente detrás del tuno de mi ayudante, y de modo que me era fácil ir leyendo lo que él escribiera.

¡Oh, qué furioso coraje se apoderó de mí! ¿Pues no se atrevió á escribir una carta al presidente y á los miembros de la Academia diciendo les remitía los trabajos, los descubrimientos científicos por él realizados, y hacía enumeración de ellos, y precisamente referíase á todos los míos?

Hubo un momento en que él, no sé por qué, sin duda para buscar alguna de mis preparaciones microscópicas, ó para revisar alguna de mis curiosas cajitas entomológicas, salió del despacho y dirigióse á mi laboratorio, que se hallaba en la contigua habitación.

Yo entonces salté á la mesa, y sobre la carta y restregando los pies en el papel, fui palabra por palabra y renglón por renglón, borrando todo lo escrito; y luego me escondí detrás de unas carpetas.

Pensando en hacerle alguna barrabasada, esperé; pero esperé en vano. El granuja no volvía; habíase quedado en el laboratorio. Oí el monotonó rumor de dos voces hombrunas. Ah, pronto las reconocí. El ayudante estaba, sin duda, hablando con Pascualón, el mozo del laboratorio, que por

orden de mi esposa iba allí dos ó tres veces á la semana para hacer la limpieza.

Sospeché que tal vez habría de ser interesante para mí aquel palique. Pascualón no había llegado á merecer de mí nunca la confianza que mi ayudante había logrado inspirarme y que yo le dispensaba. Parecía-me zafio, socarrón y muy amigo del vino, por el que tal vez fuera capaz de vender á su mismo padre.

Llegué queditamente al laboratorio y pude esconderme en lugar seguro.

—¿Conque dice que ha muerto el amo? ¡Cómo estará la señora de afligida, ¡contra!—decía Pascualón.

—No te lo creas—replicó en voz baja el traidorzuelo Benito, así se llamaba mi ayudante.

—¿Cómo que no?

—Digo que no lo ha sentido tanto como tú te figuras y como muchos pensarán—dijo Benito.

Y añadió con cierta sonrisa de burla:

—Pascualón, tú, aunque pases por bruto, no lo eres, ¿estamos? Y ya comprendes que el maestro pasaba de los cuarenta; no era un Adonis...

—¿Y qué es eso?—preguntó el mozo.

—Que no era un hombre guapo, y además era estrafalario. Ya lo sabes tú, pues te regañaba por la manía que le había entrado á él de que tú siempre estabas borracho.

—Es *verdá*... Lo cato como cualquiera quisque, y *na más*.

—Además, era tacaño...

—Y que lo diga usted, señorito; pero estos hombres de saber—replicó Pascualón—son muy avaros.

—De saber... Sabía lo que uno le enseñaba... Pues, ¿por qué te piensas tú que me tenía á mí?

—No, como saber, sabía. Las obras que tiene escritas...

—El... él... con ayuda de vecino.

Me resistía á seguir oyendo más; pero aún me quedé y pude oír á Pascualón que se despachaba á su gusto, diciendo de mí perrerías; y como llegara á pensar que Benito podría quedarse con mi laboratorio y mis obras, y ocupar mi puesto, dijole con acento dulzón y en tono de bajuna adulación:

—Ahora el señorito hágase valer, y tendrá la fama que merece. Quédese con todo, que ya se lo irá pagando al ama, y si no...

—Y si no, ¿qué?—preguntó con extrañeza Benito.

—Pues pasando poco tiempo, cátese y quédese con el ama también.

—Toma, claro—replicó en voz muy baja el miserable Benito.

¿Creeréis que pude contenerme? Grande fué el dominio que mi voluntad ejerció sobre la ira, la indignación y la soberbia que se revolvían en mi pecho.

¿Qué podía yo hacer; yo, pequeño como un renacuajo?

Ah, sí, me dominé; pero no tuve el mismo poder sobre mis pasiones poco después,

en que, como se verá, tuvieron término mis ilusiones de hombre de ciencia.

Salió Pascualón y quedóse solo y revolviéndolo todo Benito; pero poco después, mi mujer, que estaba inquieta por mi ausencia, fué en busca mía al despacho, y luego al laboratorio.

Entra en éste, y el tuno de mi ayudante la recibió con halagadora sonrisa, y... ¡oh!; me ciega el furor cuando lo recuerdo; con el pretexto de volver á darle consuelos, fué poco á poco y con astucia, zalamería y malignidad, á galantearla.

No pude entonces contenerme, y empujando las patas de una vitrina, en la cual había un frasco de vitriolo, la derribé, y se rompió, y al romperse vertióse el frasco, abrasando la ropa y una mano del pícaro, del traidor Benito.

Mi mujer dió un grito; yo eché á correr, y ella, al verme, púsose delante de mí para que Benito, á su vez, no me viese; yo pude escapar por la puerta-ventana que daba al jardín.

—Ha sido un ratón, un ratón—gritó Benito, que me vió, si bien no pudo distinguir mi figura.

E iba á correr detrás de mí para darme caza; y lo hubiera conseguido, á no haberle detenido mi mujer.

Huí por el jardín, y en esta huída pasé por grandes trabajos y realicé los más heroicos hechos.

¡Oh falso mundo! Bastante había visto: bastante para comprender lo engañosa que

es la amistad. ¡Cómo habían, no ya de celebrar debidamente, pero ni aun creer, mis hazañas de hombre liliputiense, cuando tampoco habían apreciado los descubrimientos y estudios con que antes, en estado



y circunstancias más verosímiles había enriquecido la ciencia!

Por otra parte, comprendí que, reducido enanito, no me era posible defender á mi esposa, y, en fin, que ni la fama gloriosa, ni nada en el mundo, valían lo que el cariño de ella y nuestra santa felicidad.

Otros más graves pensamientos me asaltaron. ¿Cómo, me dije, no quise humillarme, no quise reconocerme pequeño delante de Dios y entregar mi alma á la ciencia de las ciencias, á la religión que ilumina con la fe, y no había tenido yo reparo en reducirme al estado de meñique, por estudiar á los bicharracos?

Con estas reflexiones fuíme hasta la casa decidido á buscar remedio á mi pequeñez y volverme á mi estado primero... y así me vi. ¡Oh qué espanto! Me vi, al entrar en la cocina, cerca de una cesta, de la cual salieron más de cinco docenas de horribles, negruzcos y gigantescos monstruos, para mí más grandes que elefantes, y armados de terribles tenazas, y todos me acometieron, y hubiera perecido si mi mujer, que por todas partes me buscaba, no hubiera entrado allí, y al verme se precipitó en mi socorro, llorando y gritando:

—¡Dios mío, Dios mío!; que á mi marido se lo comen los cangrejos.

Desde allí fuí conducido á la cama, y pocos días después desperté.

Velábame mi esposa. Todo había sido un sueño.

¿Que es patraña? ¿Qué otra cosa son las novelas, cuentos y zarandajas?

EL ESCOLLO DE LA MUERTE

I

El marino, que para la lucha con los elementos pone en constante trabajo las facultades del juicio, es para los sentimientos, para los combates del alma, un irreductible imaginador.

Juan, el piloto, era un poeta; como casi siempre sucede, hombre que pensaba y soñaba, con la última idea que despierto concebía enlazaba la primera fantasía que cuando se hallaba dormido le asaltaba. ¡Cuántas veces á bordo, mirando distraído á la mar, Juan fumaba y soñaba!

Un día, el último del pasado año, hallábase en su barco meditando con la idea difusa que suele ocurrir al entendimiento humano cuando reflexiona acerca del profundo secreto de la vida.

Pronto se sintió Juan atormentado por la punzante de las incontestables interrogaciones que brotaban de su mente y de su conciencia.

Navegaba el buque en una mar serena,

en una mar hermosa; la brisa marina era suave, delectosísima; embriagaba y producía un dulce adormecimiento.

Rizadas olas agraciaban aquel magnífico



panorama; no lejos del buque se alzaba un islote de gigantescos peñascos. Eran terribles, formidables, y mostraban la horrible boca de una portentosa caverna. Juan quiso visitarla, maravillado, seducido por el misterio.

Mandó echar al agua un botecillo, y en

él llegó á aquella espantable cueva, y saltando al islote, penetró en ella.

.....
Aquel día, el último del mes de diciembre, había andado la comadre, muy afanosa é inquieta, caminando por el mundo para arreglar sus últimas cuentas con el moribundo año; bajo sus escuálidos brazos de esqueleto, y oculto entre los pliegues de su blanco sudario, llevaba un negro libro, cerrado con prieto pasador de hierro, como cerrojo de un calabozo ó de un ataúd.

En torno de la terrible segadora de cabezas revoloteaban murciélagos, vampiros de picudas alas.

Juan comprendió que aquella espantable figura era la Muerte.

Corría aquel fantasma, corría con celeridad; mas cuando se oyó dar á un reloj la hora primera del año nuevo, detúvose la comadre y entró luego en la caverna, en su anémico cubil, y sentándose en el suelo fangoso y pedregoso de aquel lugar, emprendió una extraña maniobra, moviendo de continuo sus secas manos y agitando sus agudísimos dedos, cual si se entretuviera en tejer ó destejer enmarañada red de hilos invisibles.

Juan, el audacísimo Juan, se atrevió á penetrar allí... Ante la comadre se hallaba.

—¡Qué afán más necio...!—pensó el mozo—. Está visto: no es la Muerte más que una loca envidiosa de la Vida.

Aterrado y confuso, con la mente nublada por las dudas y oprimido por el mie-

do su corazón, Juan miraba el tejemaneje incesante de la Parca, ¡de la destructora y devoradora del tiempo! ¡Tragedia insaciable!

Juan, que había conducido su buque por



la mar á la ventura, no tuvo por buena la que le había fatalmente impedido en su marcha hasta hacerle dar con aquel siniestro encuentro... ¡sin duda siniestro!

Negras sombras envolvían á la abuela de todos los abuelos, y en ellas resaltaba con

fosforescente brillo su imponente y trágica figura.

—¿Dónde vas, pobre marinero? ¿Qué te trae aquí?—exclamó la comadre, agitándose de modo que reveló muy á las claras el enojo que la causaba la audacia de aquel pobre Juan Lanas—. Y al volverse la terrible vieja dejó ver su cuerpo, formado por seco y duro costillaje, alambrado de jaula vacía.

¡Allí jamás habían existido entrañas ni había palpitado un corazón!

—Necio, curioso ó ambicioso, ¿qué eres?—dijo la Parca.

—¡Señora...!—murmuró Juan.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! Te llena de pavor verme frente á frente. ¡Y eso que eres marino!

—No os tengo miedo; me ha impuesto la sorpresa de hallaros; he aquí todo.

—En tu loco empeño—prosiguió diciendo la Muerte—, en tu afán de saber ó de buscar fortuna, has caminado con tal imprevisión y tan ciego aturdimiento, que has dado... ¿quién había de decirlo?, has dado, has dado... á tus primeros pasos con la Muerte... ¡Yo, bien lo ves, soy la Muerte!

De la descarnada boca, del vacío de aquellas horribles quijadas, salió un soplo de hielo...

A Juan no le dejaba libre de asombro el ánimo; pero á su pesar sintióse víctima de grandes agitaciones.

Como por acción de una corriente fría el vapor se torna en lluvia, así al sentir aquel

aliento de la Muerte sintió Juan que brotaba de sus sienes un sudor finísimo. La voz de la comadre hizo que los huesos de Juan chasqueasen y que temblaran sus carnes.

¡Mudo, estático de espanto, ni aun se atrevía á mirar á la vieja esqueletosa! ¡Ah... que en aquel momento y fuera de aquel espantoso lugar, empezaba la fiesta inicial de un nuevo año!

Las blancas y suaves claridades del alba iban colorándose con brillantes tintas de color de rosa y relumbres de oro fulgentísimo. La mar estaba serena y llena de majestad.

Borrábanse lentamente en el espacio los caprichosos dibujos de las constelaciones, y estrella por estrella iban apagándose todas las del cielo, como á los sucesivos soplos de los ángeles, encargados, sin duda, de guardar la sagrada luminaria de la noche...

El mismo Dios empujaba al sol para que iluminase la tierra, dando luz esplendorosa al día primero de un nuevo año. Las olas cantaban, y allá lejos, como llegando de las costas, de los campos y de los bosques, se oía el variado canto de las aves; seguía siempre el murmullo dulce y el épico rugiente estruendo de las olas, así de las más apacibles como de los mares embravecidos; por prodigioso efecto oíanse también como voz de las ciudades la suave armonía de las plegarias y los gritos de guerra y de triunfo, los cantos del trabajo, los ayes de la pasión, el pujante hervor de la vida...

—¡Profano!... Llegas por tu dicha en un

solemne día de bienaventuranza... No quiero ser cruel durante las horas primeras de un año naciente. Además, trabajé tanto en el año pasado, año de espantosas catástrofes, que te confieso que aunque soy obrera vete-



rana... me ha fatigado mi faena... ¡Después de todo..., llegas ante mí en el único momento en que me es dado hacer algún beneficio!... Dime qué quieres.



—¡Señora, yo os he vencido muchas veces!—replicó trémulamente Juan—; pero no os había visto hasta este momento; os ocultábais en los pliegues de las olas y en el velo de las nubes, y no pensé verme jamás... ante una tan elevada persona como vuestra fune-brididad... y ni sé... ni me atrevo... ni...

—Déjate de adulaciones y de temores, y acaba de hablar de una vez; luego decís que yo os robo el tiempo... que vosotros perdeis...

—Pues bien—dijo resueltamente—; ya que tengo la suerte de hallarme ante vuestra excelsitud..., diré que soy pensador y soñador... y quiero que vos, señora, que sois más antigua que el mundo... que sabéis tanto y que habeis destruído y habeis visto nacer y morir y renacer, brotar y secarse, aparecer y desaparecer tantas cosas y tantos seres..., quiero, repito, que me digáis... cuál puede ser la mejor vida...; que si no la hallase buena, preferible es que desde luego os entregue mi garganta para que con vuestra afiladísima guadaña segueis mi cabeza.

—Por la abrasadora impaciencia que te quema, has venido hasta mí—replicó la comadre—, y te has visto en peligro de perder la existencia. ¡Todos los humanos sois igualmente necios! Espera, si sabes esperar. La vida siempre es buena, si se sabe vivir.

—¡Oh! ¿Quién enseña ese arte?

—¿Sabes lo que es la vida?

—En realidad, no.

—Pon la mano sobre tu corazón. ¿Qué sientes?—exclamó la comadre.

—Siento que se mueve con violencia y que golpea mi pecho como martillo al yunque.

—Pues bien..., voy á revelarte un misterio... Desde tu corazón hasta mis manos viene el hilo de tu vida. Cuando naciste, al cerrarse en tu corazón el agujero Botal, quedó arrollado en la viscera, como la de todos los mortales, ese utilísimo hilo. Ellos, los tales invisibles hilos, son los que estoy constantemente moviendo desde mi mansión sombría. Durará la vida lo que el hilo dure. Los arrebatados deseos, las locuras y vehemencias pasionales, hacen que tu mismo corazón suelte y gaste la cuerda de la vida, que yo pronto recojo y arrollo entre mis dedos. Así, pues, tú mismo, tal vez sin saberlo, vas apurando el hilo de la vida y acercándote á mí. Desprende y desarrolla cuerda tu propio corazón en sus apresuramientos y violentísimos sobresaltos. Que tu corazón se ajuste al regulado y bien medido movimiento normal; no le permitas precipitarse á bruscas rotaciones..., porque yo..., yo..., cumplo mi severa misión: voy recogiendo la cuerda... Lo que tú desarrollas, lo lío y arrollo yo... Cuando tu corazón esté cerca de mí..., corto la cuerda y mueres.

—Señora...

—Nada más me digas... El año empieza, y pronto debo apurar este primer día, y tras él, otro y otro..., y otros años, hasta la medida de un siglo, y siglos y más siglos... ¡Es mi destino eterno!

II

—¡Ah!... ¡Qué sueño!... Durante él he creído ver liado á mi corazón un hilo finísimo, como arrollado está el cordelillo de una peonza. He visto á la muerte como la pintan los poetas en los cuentos de niños —dijo Juan al despertarse.

—¡Dios mío!... ¡A luchar!... Corro á mi



nave—añadió lleno de impaciencia—. En ella se emplea grandiosamente la vida.

Primero de año, vida nueva... Tarea dia-

ria, prevenciones de calma y de reposo, proporción y ajuste..., según la marcha del tiempo, importancia del trabajo..., la inevitable necesidad del descanso.

Sí, esta es la filosofía de la vida: el trabajo.

¿Podré esperar tranquilo la fortuna, que tal vez no halle, si no llego con ardor á su encuentro?... ¿Podré librarme de las llamadas del odio, que abrasa el corazón? ¿Podré perseguir lentamente la conquista de la gloria, que seduce deslumbrante?

¡Ah, no! Nada debo conceder á los vicios..., son bestias. Pero las pasiones son demonios que impelen al hombre en su vida...; las ilusiones de noble ambición son ángeles que guían al martirio. ¡Navega, barco mío!

¿Quién puede refrenar el deseo irritador de hacer felices á los que ama?... ¿Quién resistirse al sacrificio por el bien, por ilustrar á los que ignoran y socorrer á los que padecen? ¡Amor!... ¿Quién dejará de correr desatinado tras de ti hasta hallarte?

Gástese la cuerda... Tira de ella y arrolla, arrolla, vieja comadre, que, enlazando los gastados hilos del corazón..., bordas la historia de las dichas... y tejes, ¡oh muerte sagrada!, el grandioso progreso humano.

¡Vive, corazón...; pero gasta en la lucha del mar el hilo de la vida! ¡Navega, barco mío!

EL ENCANTAMIENTO

I

Sesenta y cinco años antes de que un portentosísimo ingenio diese principio al escrito de una muy afamada y asombrosa historia, vivían en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre el mundo quiere acordarse eternamente, para honor y regocijo, una señora llamada D.^a Andrea Galván, y un niño de corta edad, hijo suyo y de un honrado hidalgo, que ya había muerto, llamado Quijana ó Quesada ó Quijada, según afirman algunos, aunque esto no importa gran cosa á la verdad y á la idea de nuestro relato.

Era el muchacho fino y delgado, y con ser endeble, gustaba de acometer travesuras peligrosas; nada tenía de lerdo su entendimiento, sino antes bien de muy avisado para aprender la letra, que en pocos meses consiguió destreza para juntarlas y leer muy de corrido y sin hipar ni hacer algarabía cuando le mandaban que leyese en alta voz.

Le relucía en los ojos el talento que tal vez tuviera de más, bien que el que tuviese

fuera de los tempranos, que hacen que un muchacho sea hombre antes de razón.

La color de su rostro era apagada y un tantico amarilla, como si toda la vida que le sobraba al espíritu se le hubiera robado al cuerpo.

Cuando Quijanita estaba despierto, no ce-



saba de hablar sobre lo cierto y lo imaginado, sobre cuanto veía ú oía, y al dormir tampoco descansaba, sino que, inquietado sin duda por sueños extravagantes, se revolvía en la cama de una á otra parte, ó sobresal-

tándose en extremo, daba respingos y se despertaba lanzando gritos desahogados y pronunciando palabras incoherentes.

—¿Qué sería de este mi hijo, Dios y señor mío? ¡Nada bueno puedo esperar del desasosiego y del hormiguillo que le entran al muchacho sin saber por qué!—decíase muchas veces D.^a Andrea muy afligida.

Ella era la mujer más buena y pacífica que pudiera imaginarse, echándose uno á imaginar una mujer benévola y sosegada para darla por ejemplo á las demás. Así es que la tenía asustada el muchacho, sobre todo con su mucho discurso, el cual, con ser grande, no era juicioso, porque de este juicio ya se ha dicho que no había ni miaja en la cabeza de Quijanita; que así como para maquinar historias y quimeras no parecía por su genio sino que llevaba los demonios de la listeza en el cuerpo, en lo demás era un simple, un meliloto. Raro era el día que no le robaban, con engaños, los rapazuelos de su edad los cuartos de la faltriquera, las avellanas, las nueces, el pan y la miel, ó lo que le hubiese dado su madre para merendar; esto cuando él no se desprendía de todo repartiendo entre los demás.

La pobre D.^a Andrea no sabía qué pensar, llorosa y angustiada ante las dudas que le asaltaban.

“Será un pozo de ciencia”, decíanle unos; “será un tonto”, aseguraban otros; “para santo va, así Dios me dé salud”; “¡un condenado es el hijo de vuesa merced!”

Pero lo que exasperaba y contristaba á

D.^a Andrea eran las risas y burlas con que muchos hablaban de las travesuras de Quijanita, al cual compadecían por bobo.

Y es así que tal y como siguen las madres temerosas, con los brazos abiertos, los primeros pasos de sus hijos, y con el ánimo receloso y suspenso por el miedo de verlos caer, van mirando el espacio de tierra que ellos han de pisar, también miran siempre á lo por venir esperanzadas ó aterradas ante los males ó las venturas que la suerte pueda reservar á aquellos pedacitos de su corazón.

II

Estábase cierto día esperando D.^a Andrea á su hijo, cuando le vió llegar, de tal modo destrozado y sucio, que la pobre madre se llenó de espanto.

¡Cuán cierto será, se dijo, que con ser este mi niño tan engañador que á todos nos cautiva con sus cuentos é invenciones disparatados, es crédulo y le habrán hecho alguna nueva burla los maldecidos muchachos del lugar.

—¿Qué hicisteis vos?—dijo dirigiéndose al chicuelo—. ¿Qué hicisteis, que así venís, sin el rengue del cuello y de las mangas? ¿Dónde echasteis el ceñidor, que se os están cayendo las calzas que os puse y se os sube el juboncillo, que os ajusté bien prietos? ¿Haislo dejado por esos andurriales? ¡Perdidos! ¡Qué hacienda podrá bastar para atender á vuestro cuidado? ¡Pecadora

yo, que así os dejé suelto! Mas no es ya sólo la ropa destrozada, sino que vos venís con la cara llena de arañazos y las manos con despellejaduras.

—Dígole, señora madre, que no se enoje



vuesamerced, que todo fué cosa menos que de nada—replicó el niño.

Alzaba la madre el grito, y levantaba los brazos moviéndose á uno y otro lado, comida de un gran desazonamiento; pidió aljofaina y agua, y asimismo un lienzo, para

lavar al desdichado niño, preguntándole qué le había sucedido, con qué muchachos había jugado, en qué lugar y á qué juegos que de aquel modo llegaba á su casa. Y él fué dándose arte para explicarse; y dijo que habiéndole dicho otros chicos cómo había en un árbol un nido de pájaros, los cuales eran tan lindos y de tan peregrina belleza, que el plumaje era de finísima plata, ninguno de aquéllos muchachos se había sentido con ánimo para subir á lo alto del álamo, á cuyo extremo estaba el nido, él sí, abrazándose al tronco, logró ponerse en la punta.

—¡ Bendecido de Dios! ¿Y no habías sospechado que lo del nido era una burla para que tú, creyéndolo, te tomases el trabajo de gatear por el árbol, exponiéndote á caer, abrirte los cascos y matarme de dolor?

En efecto; Quijanita había subido deseoso, lleno de esperanzas, y fué su ilusión tal, que no habiendo en el árbol nido ni cosa que se le pareciese, á él se le antojó cual si lo tuviese ante los ojos; y cuando resbalando, más que bajando, hubo de llegar donde se hallaban sus camaradas, que le recibieron con silbidos y algazara de risas, dijo que realmente había visto el nido de que ellos le habían hablado, y que los pájaros, no tan sólo eran de plumaje de plata, sino que, además, el pico le tenían de oro; pero el que quisiera cogerlo, tendría que reñir con una terrible serpiente, la cual, enroscada á una de las ramas, guardaba aquel nido, y como para esto Quijanita no

había ido armado, se prometía volver y apoderarse de aquellos pajarillos que él creía serían, cuando menos, algunos principitos encantados, los cuales, una vez que se viesen libres del encanto, seguramente quedarían agradecidos y al servicio de la madre del niño que los había desencantado.



Esto fué lo que Quijanita contó á su señora madre.

Dióle ésta un fuerte regaño, diciéndole que no creía palabra alguna de cuantas iba

ensartando el niño; y Quijanita, á los pocos días, creyendo en su propia mentira, tornó al árbol y á la peligrosa ascensión, como si realmente hubiera visto con los ojos de la carne, y no con los de la locura, el nido maravilloso.

Por entre las movibles hojas del alto álamo blanco vió, en verdad, al remate del árbol, un nido que la noche anterior habían puesto allí los muchachos; subió con gracia, á riesgo de caer y romperse la cabeza; sacó un pequeño cuchillo, que se puso á blandir cual si le dirigiese contra el enorme culebrón que él se había imaginado ver, y al tomar en sus manos el nido le encontró lleno de sanguijuelas y de renacuajos.

—¡Brujas ó encantadores han transformado el nido de gusarapos!—exclamó casi llorando de compasión, al ver en sabandijas inmundas convertidos los maravillosos pajaritos de sus sueños.

Y brujas ó encantadores debieron ser los que hicieron que la rama en que el niño estaba se desgajase y el niño cayera; bien que prendiéndose en otra, y luego, al romperse ésta, en otra, hasta dar con su cuerpo en el suelo, quedando mortecino y como sin sentido, si alguno tenía.

—¡Y de tal, y de cuál, véase el hidalguillo tonto, y cómo cayó! ¿Dónde habrá echado los pájaros de plumaje de plata con el pico de oro?

—De cierto que han volado.

Esto gritaban cruelmente los chicuelos, sin respeto al estado en que se hallaba el

pobre Quijanita; y siguieron celebrando la burla con voces, risas y silbidos.

Entonces, temblando de terror, pálida, llorosa y angustiada, llegó la madre del pobre



niño; roció con agua y vinagre su frente y le hizo volver en sí. Y como éste le dijera que había querido apoderarse del nido para dárselo á ella, iba á reprenderle, cuando, herida por el escarnecedor vocerío de los

chicuelos, se desató en amargo llanto, diciendo:

—Antes más vale él con sus quimeras y su generoso corazón que no vosotros, cuya crueldad es odiosa.

¡A la burla de las gentes por la locura de su hijo, á la risa universal, ella oponía su profundo amor de madre!

Autores arábigos, posteriores al afamado Cide Hamete Benengeli, dicen que esta doña Andrea fué la madre del afamado caballero andante D. Quijote de la Mancha, que no era otro que el Quijanita de nuestro cuento.

Mucho acerca de este cuento podrán discreitar los sabihondos roedores de pergamino en sus polvorientas Academias, y por su vetusta y acorchada ciencia, nosotros pensamos tan sólo en que, sintiendo por el Caballero de la Triste Figura el amor y la compasión que hubiera sentido, ante el fiero y burlador regocijo universal, la madre del ingenioso hidalgo, una sutilísima interpretación del libro inmortal, la de que Don Quijote haya querido retratarse Cervantes, y que por una profunda ironía entregara á la fiereza de la crítica humana los propios desengaños sufridos; tales bellezas de sentimiento, tales destellos se descubren en el alma del sublime loco, cuando grave y amorosamente se le estudia; y es que este loco era la sombra del genio, y sabido es que Cervantes era de alma tan hondamente triste..., que se reía de su sombra.

La invención del "Pate foie gras,"

I

En un ancho corral poblado por muchedumbre de gallinas negras, blancas, pintadas, de moño y de calzón, pavos y conejos, un terrible perro guardián, y hasta dos animalitos de los de la vista baja, vivían dos patos de blanca pechuga, cuello verde mar y azul cielo tornasolados.

—Nosotros—solía decir Pati-listo, el más vanidosuelo y ambicioso de los dos patos—no somos plebeyos; pertenecemos á la aristocrática familia del cisne, y hemos recibido una muy variada educación, puesto que podemos nadar, volar, andar y cantar.

Tales presunciones hacían murmurar en corrillos á las gallinas, comadres charlatanas; lanzar despreciativos y coléricos cacareos á los gallos fanfarrones, que miraban con altivo desdén al petulante patito, y gruñir con brutal enojo á los animales de la vista baja, y obligaron á los conejillos, que en lugar apartado roían un troncho de berza, á gesticular con mueca de burla; y hasta un pavo, necio y desatento, lanzó por lo mismo

una estrepitosa carcajada, é inflóse después en rueda, pretendiendo humillar la vanagloria del patito.

—Esta gentuza nos odia—dijo Pati-listo



á su hermano—. Nosotros no hemos nacido para vivir en un corralón inmundo, sino para vivir en los jardines de un rey, sola-

zándonos en el estanque bajo la sombra de los desmayos de ramaje amplio y caído como la vestidura de un dosel, y allí habremos recreado á las damas y á los príncipes. Debemos abandonar este corral, y en busca de aventuras lanzarnos por el mundo como caballeros de la nobleza.

—¿Lanzarnos á correr las aventuras?— exclamó Pati-bobo, el otro patito modesto y apacible y de ánimo resignado y juicioso.

—Sí. Todo debemos esperarlo de nuestra audacia y de nuestra variada educación, como volanderos, como nadadores, como andarines y como cantantes.

—¡Ah, hermano mío!—replicó Pati-bobo—; ten presente que nuestra educación es incompleta; somos aprendices de todo y maestros de nada. Yo, por mi parte, no deseo sino perfeccionarme en cualquiera de nuestros ejercicios. ¡Oh, quién pudiera volar como la paloma ó cantar como el rruiseñor! ¿Qué fortuna hemos de lograr en el mundo siendo, como somos, torpes é ignorantes? Por lo menos, por tal me tengo, y esto me humilla y entristece.

Burlóse Pati-listo de la modestia de su hermano; túvole por timorato y poco avisado para conocer el mundo, y díjole que el secreto de la fortuna no estaba tanto en valer como en aparentar valía y en hacerse estimar; por lo que Pati-listo pensaba: ¿Quién sabe si por nuestra mucha diligencia ó nuestra buena suerte llegaremos á alguna isla ó reino en los cuales jamás hayan visto criaturas de nuestra especie? ¿Qué asombro

no producirá el ver que del agua se lanzan al aire, y de éste tornan al agua, aves tan lindamente adornadas, con un plumaje tan vistoso como el nuestro? No menos habrán de tomarnos que por aves de magia; tal vez lleguen á pensar que somos príncipes encantados. En las cortes hallaremos algún lugar preferente y distinguido, y hasta ser podría que alguno de nosotros conquistara por esposa á la hija de un rey, heredera de la Corona de un vasto imperio. En fin: cualquiera que fuese nuestra suerte, siempre habrá de irnos mejor en otras partes que entre esta chusma grosera de envidiosos serviles.

Pati-bobo, no sabemos si alucinado por los ensueños de su hermano ó entristecido ante la idea de separarse de él, á quien mucho amaba, aceptó la proposición de la escapatoria; y una mañanita, cuando apenas los pequeñitos y pintados pajarillos habían empezado á darse unos á otros los buenos días, y las flores se acababan de lavar la cara con las gotitas del rocío, Pati-listo y Pati-bobo, pasito á paso, salieron del corral, caminaron hasta las márgenes de un río, lanzáronse á nado por la tersa superficie, y se dejaron llevar por la mansa y apresurada corriente, creyendo que en esto estaba el secreto de las aventuras; la corriente los condujo á un inmenso lago, del cual el río era celoso y antiguo tributario.

Al cabo de algunos días de viaje por aquel pequeño mar, y merced, sin duda, al influjo de algún hada protectora, los viajeros tuvieron ante sus ojos el contorno



mágico de un país maravilloso, los muros y las torres de una gran ciudad, y en aquella orilla fueron recibidos por muchas per-

sonas llenas de curiosidad y asombro al verlos, pues en aquel lago y en toda aquella región nunca habían visto, por raro capricho de la naturaleza, aves acuáticas.

II

Pati-listo, abriéndose paso por la muchedumbre de curiosos, exclamó con dignidad:

—Guiadnos presto al palacio del rey.

Claro es que al oír la demanda tuvieron las gentes á los extranjeros por embajadores de lejanas tierras, correos de gabinete que tal vez llevarían el encargo de exponer al rey algún importante mensaje.

—Señor—dijo Pati-listo, no bien él y su hermano se vieron en presencia del rey—: venimos de muy lejos, impulsados tan sólo por el deseo de contemplar el poderío y grandeza de V. M., de los cuales hay noticia propagada por todo el mundo.

El exordio de este discurso pareció bien al rey, y el monarca alentó con una muy benévola sonrisa al orador, para que continuara su perorata.

Prosiguió Pati-listo, diciendo lo ya sabido, que él y su hermano descendían del cisne, y que él era diestro en las artes de natación, vuelo, marcha y canto, y por lo cual ofrecía sus servicios á tan poderoso rey y señor; é hizo después una profunda reverencia, espatarrándose y entreabriendo un poco las alas y fijando el pico en tierra, señales de sumisión y cortesía.

Dirigióse entonces el monarca á Pati-bobo, que, tembloroso y acobardado, había hecho por ocultarse tras de su hermano.

—Y tú, ¿qué me dices?

—Yo, señor, desearía perfeccionar las artes que he aprendido, y pediría á V. M. me dejase en sitio apartado, donde por algún tiempo yo hiciera mis estudios y aprendizaje, para llegar algún día á corresponder con mis servicios al buen acogimiento que V. M. nos dispensa.

Concedióle el rey á Pati-bobo la gracia que pedía y le envió á uno de los patios de Palacio, en el cual había un estanque. Dió orden para que fuera alimentado y atendido el patito por todo el tiempo que duraran sus ensayos y sus estudios, y luego quiso aprovecharse de los servicios de Pati-listo; el cual, sin duda alguna, y por lo que el muy audaz había dicho, no necesitaba educarse ya en artes de las cuales podría ser maestro.

Fué el caso que S. M. quería enviar entonces un mensaje secreto á una princesa, su amada.

Habitaba dicha princesa un palacio oculto en lo más espeso de un enmarañado bosque, y el rey, confidencialmente, dispuso, exigiendo gran presteza y mucha cautela, que Pati-listo llevase á la dama una cartita amorosa.

—Ve y vuelve pronto, mas procura que nadie descubra el objeto de tu importante comisión.

Echó á andar Pati-listo, y como el rey

le vió zambear y descubrió lo torpe de su paso, Pati-listo dijo que caminaba así, de aquel modo, porque era propio disimulo para que nadie sospechara que se le había encomendado misión alguna de urgencia y de interés.

—Veo que á más de ágil eres hábil—dijo el rey—. En efecto; si te vieran salir de Palacio con apresuramiento y presteza, todos los cortesanos comprenderían que ibas á cumplir una orden de importancia y habrían de rabiarse por conocerla.

Cuando Pati-listo llegó á la entrada de la selva buscó á una liebre, á la cual, pobre y sencilla campesina, hízola saber que él era un personaje de Palacio y que podría prestarla mucho favor, y la rogó llevase la carta del rey á manos de la princesa y después tornara rápidamente con la respuesta.

¡Figúrese el lector si la comisión sería difícil para la liebre!

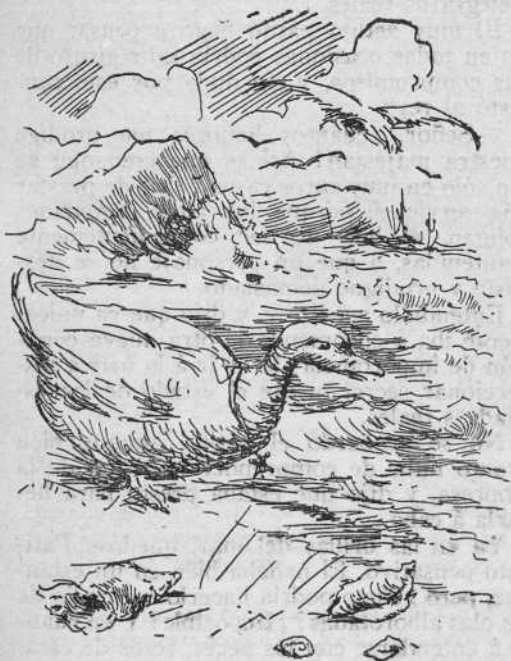
Escuchó con las orejas muy aguzadas y tiasas las ofertas del patito, echóse después las orejas á la espalda, y á correr como el viento por los ocultos senderos del bosque; y así, en un santiamén, trajo la respuesta.

Cuando el patito se presentó en Palacio, maravillado el rey de la prodigiosa prontitud con que le había servido como mensajero diligente y cauteloso, nombróle correo mayor del Reino, con banda y placa.

Hubo, poco después, que enviar un parte á los ejércitos del rey, que á la sazón se hallaban en guerra, y era necesario que el mensajero de tal misiva ú orden salvara,

para entregarla, los obstáculos opuestos por el enemigo.

Encomendó el rey este nuevo servicio á Pati-listo, su correo mayor; y el patito, en-



tendiéndose con una paloma torcaz, no menos servicial é inocentona que la liebre, sin que en éste, como en el otro caso, pudiera nadie descubrir la trampa del intrigante

cortesano, volvió ante el rey con el pliego de respuesta.

—¡Admirable! ¡Admirable! — dijo el rey—. Desde hoy eres el director de los Telégrafos reales.

El muy astuto patito llegó á pensar que no en todas ocasiones podría salir airoso de sus compromisos, y sin duda por esto contestó al rey:

—Señor, ¡cuántos honores me prodiga vuestra majestad! Así es que creo que ya tan sólo en muy raros casos habré de prestar mis servicios, porque las altas dignidades obligan, si han de ser convenientemente mantenidas, á que un personaje no se desgaste y prodigue demasiado.

Entendiólo así el rey, y dijo que ya únicamente iba á encomendarle otra nueva comisión de importancia: la de ir á la mar á inspeccionar secretamente el estado de las escuadras reales.

No se acobardó el patito, aunque bien pronto hubo de comprender lo arduo de la empresa, y dijo que estaba presto para llevarla á cabo.

Ya en las orillas del mar, quedóse Patilisto pensativo. El nadaba bien en un estanque, pero ¿cómo podría hacerlo en medio de las olas alborotadas? ¡Imposible! Y en cuanto á entenderse con los peces, seres de escásima inteligencia, era propósito disparatado; aun si allí hubiera habido gaviotas, menos mal, si bien hay que entender que las aves marinas son gente bravía, libre y piratera, con la cual no valen engaños ni trapi-

sondas. Viven en las rocas y los vientos, lejos de los palacios y los reyes, en envidiable y poderosa libertad.

A bien que el patito no era muy escrupuloso, y pensó que como la comisión había de ser desempeñada secretamente, el mejor medio de que nadie le viera junto á las naves era no ir á ellas, y presentándose al rey para manifestarle que las escuadras se hallaban en muy buen estado, y que los marinos cumplían con su deber, éstos no habrían de desmentir al inspector, antes le colmarían de elogios y tal vez le aclamaran por un sabio y peritísimo piloto; y como Pati-listo lo había pensado acaeció, pues que al saberse en las escuadras la opinión que el inspector hubo de manifestar al rey, opinión merced á la cual los oficiales de Marina recibieron gracias y honores, pidieron para Pati-listo lo que ya el rey iba á concederle: la plaza de almirante mayor del reino, y almirante mayor del reino fué nombrado en pergamino y sello.

¡Cuántas dignidades, qué honores, qué prodigalidad de fortuna, qué encumbramientos los ya conquistados por Pati-listo!

Mas un cierto día, el rey hubo de decirle:

—Mucho me complace contarte en mi servicio; pero yo tengo un deseo que satisfacer: el deseo de oírte cantar, que de seguro harás de hacerlo de una manera plausible, con armoniosa voz y el mejor estilo.

Quedóse un poco aturdido el patito, porque aquel era, sin duda, el más grave com-

promiso y apuro en que él hasta entonces se había visto; mas prontamente dió la respuesta:

—Señor, en efecto, he estudiado el arte del canto—dijo—, y no es del todo mala mi voz; pero tanto me impone la presencia de V. M., que estoy seguro de no poder dar una nota. Voy á intentarlo. V. M. podría convencerse del deseo con que quiero cumplir hasta el último de los suyos; pero también de que, como la garganta es órgano delicado, cuando el alma está llena de respeto y admiración, fácil es que la voz desentone... Brek... Brek... Brekee...

Tapóse el rey los oídos y rieron desatinadamente los cortesanos al oír aquel chillido estridente, áspero y desacordado.

—¿Ve V. M. lo que yo decía? Desafino á pesar mío, dijo el patito.

—Sí, ciertamente; pero tu amor hacia mí es mucho, tu respeto es grande y tu modestia ejemplar—replicó el rey—. No eres tú como los demás cantores de la corte, que cantan delante de mí, lanzando trinos y gorgoritos con la mayor frescura, y como si yo no fuera bastante á imponerles con mi presencia temor alguno. Así, pues, desde hoy quedas nombrado mi maestro de capilla y director de mi orquesta de ruiseñores.

III

En tanto que llegaba Pati-listo al ápice de la montaña de su ambición, y tenía el

cuello encorbatado por cinta de grana, de la cual pendían placas, cruces y medallas, y entre ala y ala la banda de almirante, y bajo la misma cola la llave dorada, y como signo de sabiduría unas preciosas gafas montadas en el pico, y entorpecido el paso, ya de suyo torpe, por el espadín de arrastre, la cartera de correo mayor y la batuta de maestro de capilla, ¿qué había sido de Pati-bobo?

¡Pobrete! ¡Desdichado! Con necia y tenaz porfía, soñando en la carrera del alazán, en la rápida marcha de la barquilla de vela por los mares, en el vuelo del águila por el espacio y en el cántico del ruiseñor, cuya voz se pierde en el cielo durante la noche; voz tan armoniosa que no parece sino que las estrellas se hallan allí congregadas por escucharla; pretendía, claudicando aquí, alejándose allá, ora zambulléndose en el estanque, ora soltando su voz agria, crujiente y chillona, poner arte y método, según orden y tiempo, á sus pobres facultades.

¡Vano propósito! ¡Tarea ingrata, ya unas veces acometida por el estímulo de esperanzas ilusorias que él de propio intento se fingía, ya otras veces coartada por los desaciertos, los desencantos y sobre todo por el desprecio del infame vulgo, miserable, canalla, de la barbarie!

Los palafreneros, cocineros, lacayos y pinches hacían burla y chacota de Pati-bobo, y solían decir que él seguramente no había de ser nunca sino el hazme reir de las gentes, y hasta le juzgaban por un paja-

rraco inútil y costoso; y hubo entre aquellos pillastres que al patio se asomaban, un



pícaro que se atrevió á decir á Pati-bobo estas palabras:

—Tú nunca serás lo que tu compatriota ó hermano, el señor almirante mayor del

reino. ¿No te corres de vergüenza? Bien, que tú te llenas la panza y haces aquí cuatro mojigangas y payasadas, y ¡vamos viviendo! Así engañas al rey y eres el más ingrato de los seres.

Pati-bobo se hubiera lanzado al lacayo; pero se contuvo, quedóse aterrado y huyó á esconderse en un rincón.

¡El Pati-bobo, acusado de ingrato! Entonces fué cuando, luego de mucho pensar, se dirigió al jefe de las cocinas de la casa real y pidió hablar secretamente con él.

—Yo, señor—le dijo—, he oído decir que teneis orden de preparar para el banquete que pronto ha de celebrarse, un nuevo plato á S. M. Bien veis, señor, que nada adelanto en mis trabajos, y que no sabré jamás pagar los beneficios que el rey me hace y los que á vos mismo debo; así, pues, vengo á deciros que me sujetéis en cepo, desplumadme la pechuga, ponedme frente al fuego, alimentadme, y luego que mi vientre esté abultado, cortadme la cabeza, sacad mi hígado, que él habrá de ser el manjar más delicado y sabroso que hasta hoy haya comido S. M.

Y así se hizo; y el manjar fué servido en las mesas del rey, y fué muy celebrado, y sigue siéndolo, y nadie sino yo sabe el sacrificio de Pati-bobo, el cual dió en su entraña su alma como un verdadero artista.

El anillo mágico de la Sultana

I

Peregrina es la historia de la princesa Sulima, hija del sultán Mured y de Valide, sultana famosa por su saber en ciencias mágicas. De la historia de Sulima sacaron libros muy lindos doctos varones, los poetas hicieron poesías y canciones melodiosas los músicos de la corte.

Más hermosa que su madre, Sulima aventajaba á ésta en donaire y en las muchas gracias que la hacían encantadora. Era pudorosa y alegre, tierna de corazón y de agudo ingenio. Su voz dulcísima embelesaba á cuantos la oían, y en danzar como en tañer el laúd no había quien la superase.

Como llegara á conocimiento del joven príncipe, pretendió su mano, y para ello presentóse en Constantinopla precedido de elocuentes embajadores que le anunciaron y seguido de brillante escolta.

Palafreneros conducían los más briosos caballos de regalo para el sultán y centenar

de esclavos los camellos cargados de presentes riquísimos.

Acogido por el sultán Mured con alegría el joven monarca persa, agradóle á aquél la pretensión del mozo, y pronto hizo que Sulima compareciese en la regia cuadra, en la



cual, en sendos tronos, el sultán Mured y el rey de Persia se hallaban.

Admirado quedó éste y prendido de amor á la vista de la hermosísima Sulima, y ésta sintió una vivísima simpatía por el joven

rey, tan gallardo y arrogante como galán y generoso, y bien pronto Sulima y el rey se amaron.

Verificáronse con fiestas esplendorosas las bodas, y al fin anuncióse la vuelta del rey de Persia á su reino, llevando consigo á su bellísima esposa.

Sulima fué á despedirse de su madre, la sultana Validé, la cual, con lágrimas en los ojos por el dolor de perderla y sonriendo á la vez de verla á ella sonreír de felicidad, díjole con acento de exquisita ternura:

—Bien sé, hija querida, que siempre amarás á tu señor y que él y tú tal vez llegueis á ser felices durante vuestra vida... Pero como leo en las estrellas y penetro en lo porvenir, he aprendido que no hay dicha que no sea envidiada y contra la cual esa maldita furia de la envidia no astucie sus acechos, no afile sus dardos y destile su ponzoña. Años hace una hechicera, envidiosa de mi felicidad, trató de dañarme; pero como yo sé de magia, más poder tuve y vencí á la maligna... Pudiera ser que ella hiciera por perderte. Toma este anillo, y cuando te vieres en peligro roza con su piedra esmeralda la tierra y te verás defendida.

Dicho esto, despidiéronse la madre y la hija, y así también sultán Mured, entre apenado y gozoso, abrazó á su hija y al joven rey persa, y colmándolos de regalos, fué acompañándolos hasta los confines de su imperio.

II

Qué suntuoso palacio, qué ricos estrados, qué magníficos baños, que hermosísimos jardines fueron para Sulima, reina. Allí, no bien le dejaban libre los cuidados del gobierno y los simulacros de guerra, iba el rey á ver á su adorada, y cuando no, centenares de damas de honor la servían y esclavas diestras en la música y en el canto la recreaban.

Era feliz, felicísima, hasta un grado tal, que á veces prefería la soledad al cortesano homenaje y á la alegre compañía de sus damas, porque en la soledad hacíaase ella á su propio pensamiento, que no era otro que el de recordar de su amado y soñar con la esperanza de verlo, y gustaba, saboreaba con tal imaginación y memoria su mucha felicidad.

¡Cuán feliz soy! ¿Qué puedo yo desear? Esto decíaase, gozosa, á sí misma; y aunque ella á nadie se lo dijo, puesto que basta algunas veces que los extraños sepan por nosotros que somos felices, para que la espinosa envidia nos persiga, díjolo en alta voz, y ello fué lo suficiente para su mal.

Sentada estaba al borde de una cristalina fuente, y debajo de las frondosas ramas de uno de los árboles más corpulentos de una alameda. Cantaban regocijados los pajarillos, como felicitando á la dichosa reineta por su hermosura y su ventura. Sulima miróse en la fuente. Allí estaba su imagen. Su tocado, con prendido de perlas y dia-

mantes, en el que se enlazaban los bucles y de los que salían los rizos de su espesa cabellera de oro. La misma frente suave,



blanca y tersa... ¡Los ojos de verde mar, grandes, magníficos, su boca de rosa, su cuerpo gentil y airoso, retratados!

—Sí, soy bella, sin duda; lo soy—se decía—; y me alegro de serlo para él y por él. Y con este pensamiento fué fijando cada

vez más la atención en su propia imagen y deleitándose en esta contemplación; pero de pronto quedóse sorprendida, fué creciente su asombro, y el asombro llegó á causarla espanto y terror. La imagen dejó de ser un reflejo más ó menos vago, reforzaronse en ella los colores, las facciones tomaron el realce del relieve, y toda la figura bulto... Otra Sulima exactamente igual á la verdadera saltó de la fuente, y puesta en pie, miró con desdén á Sulima, y dijo:

—Desdichada, pronto desaparecerás de aquí, no bien yo le diga al rey, mi esposo, que por tu parecido y tomando en tu disfraz copia de mi traje y atavío, pretendes hacerte pasar por mí.

Diciendo esto echóse á reir y encaminóse hacia el palacio. Siguióla llena de terror Sulima, y vió que así las damas, como las esclavas y los eunucos y guardias, salían á recibirla y rindiéronla los mismos honores que sólo á ella, á la verdadera Sulima, á la reina, correspondía.

—Favor, á mí, á vuestra señora—gritó Sulima llena de indignación—. Venid á mí, que esa, esa es otra mujer, es una intrusa.

Habiase parado la falsa Sulima y habiase vuelto á mirar compasiva y despreciativamente á la verdadera Sulima, y gritó con imperio:

—Llevad á esa loca que dice ser la reina, y encerradla en una mazmorra.

Acudieron los guardias á obedecer á la falsa Sulima; pero detuviéronse al ver á la verdadera, pues no acertaban á reconocer

cuál fuese la fingida y cuál no, y hubo una gran confusión que ni cortesanos, ni damas, ni soldados, pajes, esclavos y toda servidumbre, hacían juicio para diferenciar una de otra aquellas dos mujeres tan hermosas é iguales en cara, gesto, ademán, proporción, esbeltez, donaire, estatura, voz y acento.

Llegó en esto el rey y mayores fueron en él el espanto y el terror.

—Gracias á que has venido—dijo con meliflua dulzura la falsa Sulima—, podrás desterrar á esa intrigante que aquí se presenta para arrebatarme mi puesto de reina y de esposa.

—¡Señor! ¿No me conoces?—exclamaba Sulima.

No, el rey no acertaba. Miraba á una y acercábase á ella; pero luego miraba á la otra, y separándose de aquélla, juntábase á ésta para de nuevo retroceder é ir hacia la primera, y tan grande fué en él ó mayor la confusión que lo había sido en todos los cortesanos, criados, guardias y esclavos.

Por fin, la falsa reina no se sabe qué dijo al oído del rey, que éste, creyendo que ella era Sulima, la verdadera Sulima, hizo que se apoyara en su brazo y la condujo al palacio, ordenando que todos les siguieran y dando orden de que encarcelaran á la que él ya creía remedadora y falsaria.

A pesar de la orden del rey, también esta vez los encargados de cumplirla retrocedieron en el momento de ir á prender á Sulima.

¿Sería la verdadera reina? Y si lo era, ¿no cometían un crimen al tratar de sujetarla? Tal vez el rey padecía obcecación, y luego que de ésta se viere libre libre, se arrepentiría de haber mandado castigar á su esposa.

—Señora—la dijeron—, nos parece que tú eres la verdadera reina, y por eso te suplicamos te ocultes aquí en la espesura del bosque del Parque; ya acudiremos á servirte cuando nos necesites, y no bien el rey se convenza de que la que tiene á su lado es una intrusa, quizás una hechicera, volverá á buscarte.

Llena de aflicción la reina, y aturdida y aterrada con la desgraciada aventura que le ocurría, sentóse sobre una piedra y entregóse á un amarguísimo y copiosísimo llanto... Y su pena fué tan grande, que acordóse de su madre, la sultana Validé, y de cuanto ésta le había dicho y del consejo que le había dado de que rozara el sello esmeralda de su anillo con la tierra cuando se viere en algún peligro.

Hizolo así, y abrióse en la tierra un agujero, y por él salió un geniecillo enano, con roja caperuza, capisayo azul y barba blanca.

—¿Qué deseas?—dijo.

Expuso su terrible cuita la princesa, y el duendecillo contestó:

—Eres víctima de la arteria de una hechicera... Tú podrás deshacer sus hechizos... Ha de bastar que cuando se hallare dormida apliques el sello esmeralda de la

sortija á sus labios y perderá la mágica su figura y recobrará la propia... Pero es preciso que antes el corazón del rey, entiéndelo



bien, el corazón del rey, siquiera por un instante, por un momento, te reconozca. Si así fuere, háblale en secreto y prométele que, no bien la bruja se halle dormida, tú podrás hacer que su encantamiento quede destruído.

Desapareció el geniecillo y quedóse ani-

mado por una consoladora esperanza la joven reina. Se retiró á una choza de los pastores del Parque real, y allí, despojándose de su rico traje, vistiólo de una pobre zagala, y así encaminóse hacia el palacio. Precisamente en aquel momento llegaba á él el rey, descabalgando de su hermoso caballo negro y entregando las bridas á un paje, dirigióse á la puerta del palacio, en la cual le esperaba la falsa reina, con los brazos abiertos y zalamera expresión de fingido amor.

Arrojóse en esto á los pies del príncipe Sulima, exclamando:

—Señor, no sigas en esa ceguedad; reconoce á tu Sulima, á tu verdadera esposa.

—¿Cómo? ¿Aún vive esa infame usurpadora?—gritó con rabia la falsa Sulima.

Turbaron de nuevo al rey la extrañeza, el asombro y la confusión, y de nuevo parecía tan aturdido, y en tan grave incertidumbre, que no atinaba á resolver la abrumadora duda.

—Sí; yo soy la reina—exclamaba la hechicera—; y en sus ojos brillaba el rojizo fuego de la soberbia y de la ira. Era su voz imperiosa y su ademán marcado signo de ambiciosa vanidad.

—Yo soy tu Sulima, tu amada Sulima—replicó Sulima con dulcísima voz—; y en sus ojos veíase una expresión de tierna súplica.

—¡Yo la reina!—exclamó con recia entonación—; é irguió con altivez su cabeza, que en torno del blanco turbante lucía la corona.

—¡Yo la esclava!—exclamó Sulima, dirigiéndose á su esposo y arrodillándose á sus pies.

Sintióse profundamente conmovido el



rey é inclinóse á levantar del suelo á Sulima, y entonces vió en los ojos de ésta una ingenuidad, una sinceridad, un dolor tan verdadero, que latió con fuerza su corazón, y también las lágrimas humedecieron sus ojos.

—Sí, yo soy, yo soy—repetía en voz baja y suspirando la princesa—; pero disimula, señor; haz que me vuelvan á la prisión y permíteme que á la noche, cuando esa infame mujer esté dormida, pueda penetrar en la estancia, y quedará el encanto deshecho.

—¿Qué haces, príncipe pusilánime, que no arrojas de tu lado á esa despreciable mujerzuela?—dijo con terrible voz la encolerizada hechicera.

Entonces el rey, que al ver el ceño y la irónica sonrisa de la soberbia en la faz de la ya para él sin duda alguna fingida Sulima, disimuló la indignación y dió orden para que fuera de nuevo conducida á la prisión la Sulima verdadera, su esposa amada.

Ya mediada la noche, y cuando la falsa reina dormía, fuese el mismo rey á sacar de la prisión á Sulima, y con ella volvió á la regia estancia.

Sulima llegóse á la hechicera y puso en los labios de ésta el sello esmeralda, y la falsa reina despertó, pero convertida en una vieja repugnante, fea, andrajosa, á la cual, por orden del rey, colgaron de una horca.

.....

—¡Qué sueño el mío!—exclamó Sulima al despertar y hablando con el rey que silencioso había velado su sueño al pie del rico y blando diván de la lujosa estancia regia.

—Agitado ha sido, sin duda, porque suspirabas como apenada y aún parece que veo

mojados por las lágrimas tus ojos—dijo el príncipe á su esposa.

Entonces ella refirió lo que hemos relatado.



—Yo creo que este sueño es un aviso para que me guarde de no cumplir con el consejo de mi madre—dijo Sulima luego que terminó de narrar su sueño—. Nadie debe de revelar su felicidad.

—No, ese sueño quiere decir, porque de sueños sé por lo mucho que de ellos he estudiado—replicó el príncipe—, que una mujer que se convierte en altiva, y de humilde se hace soberbia, múdase en otra semejante al parecer; pero en realidad tan diversa que se hace odiosa, aborrecible y despreciable; pero de ti jamás puede esperarse transformación alguna. ¿Te sentiste envanecida al verte hermosa, cuando te mirabas en la fuente?

—No, amado mío. Contenta de poder serlo siempre para ti—exclamó con amoroso acento su apasionada Sulima.

INDICE

	PÁGS.
	<hr/>
<i>Dedicatoria.</i>	3
Marmelón el de la pata de palo.	5
La buena pipa.	23
El espejito mágico.	37
Los diablos.	57
El doctor Menudillo.	67
El escollo de la muerte.	115
El encantamiento.	127
La invención del «Pâte foie gras».. . . .	137
El anillo mágico de la Sultana.	153

INDICE

187

187	El soliloquio de la Sultana
188	La invención del café por el negro
189	El nacimiento de la Sultana
190	El nacimiento de la Sultana
191	El nacimiento de la Sultana
192	El nacimiento de la Sultana
193	El nacimiento de la Sultana
194	El nacimiento de la Sultana
195	El nacimiento de la Sultana
196	El nacimiento de la Sultana
197	El nacimiento de la Sultana
198	El nacimiento de la Sultana
199	El nacimiento de la Sultana
200	El nacimiento de la Sultana



